

LA REPRESENTACIÓN DEL SICARIO EN *LA VIRGEN DE LOS SICARIOS* DE FERNANDO VALLEJO

Álvaro Perea Quintero

Código:1428760-3252

Universidad del Valle - Sede Meléndez -Cali

Facultad de Humanidades

Licenciatura en Literatura

Santiago de Cali

2026



LA REPRESENTACIÓN DEL SICARIO EN *LA VIRGEN DE LOS SICARIOS* DE FERNANDO VALLEJO

Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Literatura

Álvaro Perea Quintero

Código:1428760-3252

Director: Oscar Wilson Osorio Correa.

Universidad del Valle - Sede Meléndez -Cali

Facultad de Humanidades

Licenciatura en Literatura

Santiago de Cali

2026

AGRADECIMIENTOS

Dedico el presente trabajo de grado a mis padres Nelly y Álvaro. Por su cariño, su fe y deseo de verme graduado. Ellos me apoyaron en este camino pese a los problemas y mi estado anímico. A mi hija Ana Sofía Perea Torres, mi mayor motivación para mejorar; por ella, me propongo ser su ejemplo. Quiero que vea en mí un camino hacia adelante.

A mi esposa Maritza Torres, pese a su distancia sé que en su momento me apoyó. A mi tutor Oscar Osorio Correa, a quien pido disculpas por los tropiezos y agradezco su gran paciencia, su dedicación y su voluntad de escucha. Él me brindó la mano en este difícil proceso. Él es un pilar en mi culminación académica. Me mostró las posibilidades de un futuro en las aulas de clase y la escritura creativa.

Por último, con todo mi afecto, a Jaime Quintero Rengifo, mi abuelo; y a Felisa Papamija, mi viejita que me cuidó con amor durante muchos años. A mi abuela Carmen Elisa Alegría de Quintero, ella me enseñó a perseverar. Toda empresa se debe intentar con optimismo. La persona amada que aún me queda. Y a mí mismo, por llegar a decir al final: Lo logré.

TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN 6

INTRODUCCIÓN 8

OBJETIVOS 9

Objetivo General: 9

Objetivos Específicos: 9

JUSTIFICACIÓN 10

I. MARCO TEÓRICO 12

Literatura y Violencia: Representación, Testimonio y Función Social 12

Literatura y estudios sobre el tema 17

Sociocrítica y Estudios Culturales: Herramientas para el Análisis 19

Identidad, Marginalidad y Subjetividad en la Narrativa Latinoamericana 22

El Antihéroe en la Narrativa Moderna: Genealogía y Transformaciones 25

La Estética de la Crueldad: Artaud, Vallejo y la Violencia como Dispositivo Crítico 26

La Novela Sicaresca como Subgénero 27

Religiosidad Popular, Violencia y Sacralización de la Muerte 29

Síntesis del Marco Teórico 30

II. MARCO SOCIOHISTÓRICO 32

El Sicario: Definición, Evolución y Contexto Colombiano 32

Contexto Socioeconómico y Psicosocial **36**

Colombia en los Noventa: Un Estado Fragmentado **37**

Medellín en el Epicentro de la Tormenta **40**

El Sicariato en Medellín: Orígenes y Dinámicas **40**

La Empresa Comercial del Sicario: Lógica de Mercado en la Violencia Letal **42**

Características Operativas de la Empresa Sicarial **43**

Contexto Socioeconómico **43**

La novela del sicario en Colombia **45**

III. ANÁLISIS DEL TEXTO **51**

La figura del sicario en *La virgen de los sicarios* **51**

¿Ángel o Verdugo, qué paradoja? (Dimensión Íntima y Humana) **59**

Reconstrucción Física del Sicario **59**

La Lengua de la Intemperie: El Parlache como Identidad (Dimensión Lingüística) **70**

La Servilleta del Deseo, globalización y Consumo **72**

CONCLUSIONES **74**

BIBLIOGRAFIA **76**

RESUMEN

Esta investigación profundiza en las operaciones estéticas e históricas que articulan la representación del sicario como sujeto cultural en la novela *La Virgen de los Sicarios* (1994) de Fernando Vallejo. El estudio sitúa el artefacto literario en la compleja encrucijada institucional, moral y civil que azotó a Colombia, y de manera muy particular a Medellín, durante la década de los noventa.

Mediante un abordaje cualitativo que amalgama las herramientas analíticas de la sociocrítica literaria con los estudios culturales, el trabajo indaga en la capacidad del texto para metabolizar y reconfigurar los traumas de un tejido comunitario fragmentado por el auge del narcotráfico, la exclusión socioeconómica estructural y la banalización de la violencia letal. Lejos de reducir al pistolero a una mera categoría delictiva o a un arquetipo criminal unívoco, el análisis demuestra que las figuras juveniles de la novela operan como un síntoma directo del colapso de los entornos familiares tradicionales y del abandono sistemático del Estado en las laderas urbanas.

El vacío institucional es suplantado por la lógica de mercado de las organizaciones mafiosas, las cuales terminan erigiéndose en el único núcleo de adscripción identitaria y soporte material disponible para una generación despojada de futuro. Asimismo, la tesis desglosa los dispositivos formales que quiebran las convenciones de la narrativa testimonial clásica de la violencia. Entre estos recursos, se examina el cortocircuito lingüístico provocado por el choque permanente entre el parlache de las comunas y la prosa erudita del narrador letrado.

Esta fricción verbal pone al descubierto la ruptura insalvable de los canales de comunicación social en el país. Del mismo modo, se evalúa la distorsión de la religiosidad popular católica: una fe de carácter mágico-instrumental desprovista de conversión ética, donde las prácticas sagradas de los rezos, el uso del escapulario y la bendición materna se asimilan de forma cotidiana como trámites logísticos para optimizar la eficacia del crimen y blindar la piel frente al plomo enemigo.

Finalmente, la investigación concluye que la obra sabotea la figura del antihéroe tradicional mediante una estética de la crueldad y un hiperrealismo nihilista. Al suprimir la distancia higiénica entre el lector y el horror retratado, Vallejo disuelve las narrativas oficiales y las comodidades morales de la opinión pública, obligando a confrontar de frente la precariedad extrema, la deshumanización y el vaciamiento semántico de una sociedad en condición terminal.

Palabras clave: Novela sicaresca, Fernando Vallejo, Sociocrítica, Parlache, Religiosidad popular, Medellín.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo busca el análisis sobre la violencia en relación con el contexto colombiano y la creación literaria de Medellín en la novela *La virgen de los sicarios*. La primera parte consta de la recopilación conceptual necesaria para el análisis de la obra, cuya realidad abordada por Fernando Vallejo es tratada de forma compleja y exige la comprensión del contexto de la violencia colombiana y sus actores sociales en el siglo XX.

En esta recopilación podremos entender aspectos como el narrador configurado como ganador. Haciendo alusión al tratamiento literario de la obra, veremos cómo la violencia y la sociedad son determinantes para la creación del sicario, entre otros conceptos teóricos que permiten el análisis de otros aspectos de la novela.

La segunda parte, el marco socio histórico, busca ubicarnos en la sociedad y los antecedentes de la Medellín de los 90. Apreciaremos el contexto socioeconómico, el Estado fragmentado por la violencia, evidenciando la empresa sicarial y el abordaje temático en otras novelas.

La tercera parte es el análisis de la novela La virgen de los sicarios, texto en el cual se busca evidenciar ciertos aspectos condensados de la realidad sociohistórica en Medellín. Se aborda la representación del sicario desde distintas visiones que interceptan la figura del sicario. Se examina desde una visión humana, una visión lingüística, y una visión materialista utilitaria.

OBJETIVOS

El propósito central se articula a partir de los siguientes objetivos:

Objetivo General:

Indagar y reflexionar sobre la representación de la figura del sicario en *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo y su relación con la violencia colombiana enmarcada en el ocaso del siglo XX y explorando su recepción crítica.

Objetivos Específicos:

1. El personaje del sicario fue creado por Vallejo bajo unos recursos literarios que se examinaran, prestando atención a la intertextualidad, el lenguaje y como el sicario se conecta con los elementos de la cultura religiosa.

2. Analizar y ubicar la obra dentro del corpus de la novela sicaresca colombiana, usando de apoyo las perspectivas teóricas de Óscar Osorio (2007, 2013) y Margarita Jácome (2010, 2011).

3. Vallejo expone la desintegración de la sociedad colombiana. Por lo tanto, se buscará Indagar sobre esa crítica social y cuál fue la moral subyacente que devela la representación de los sicarios y su entorno.

4. Precisar las implicaciones éticas y estéticas de la representación de los sicarios de Vallejo, considerando su influencia en la percepción de la violencia y la moralidad.

JUSTIFICACIÓN

La narrativa latinoamericana contemporánea implica: cuestionarse realidades como las que se desprenden de la violencia y entender cómo se relacionan con la cultura. Este deber impera aún más en un país tan golpeado por ella como Colombia. Esta monografía es desarrollada con base en el interés histórico, social y cultural para comprender cómo influye la figura del sicario en el campo literario. Se reconoce como base fundamental los trabajos de Óscar Osorio (2007, 2013) y Margarita Jácome (2010) —dos de los principales referentes en el análisis de la narrativa sicaresca. Ellos llevaron a dialogar distintos aspectos de estas obras de índole sicarial, donde influyen en aspectos como la crítica literaria, la sociología de la violencia y su relevancia histórica.

El deseo de conocer los aspectos clave en la construcción de la novela *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo me lleva a preguntarme cómo configuró esta figura del sicario. Vallejo roza una dimensión testimonial —al igual que *No nacimos pa' semilla* de Alonso Salazar— hasta explorar diversas capas de sentido literario, ideológico y cultural entretejidos en su novela, por ejemplo: el uso del parlache presente en las dos obras anteriores.

En su Medellín-Metrallo, Vallejo arma un laboratorio de la desintegración moral y social que permeó amplios sectores de la sociedad colombiana, puntualmente en la época de los 90. El examen de esta obra permite reflexionar sobre los modos en que la literatura procesa y devuelve a la sociedad una imagen de sí misma —a menudo incómoda, pero indispensable para la construcción de una memoria histórica crítica.

Esta propuesta de investigación se centrará en el análisis de la figura del sicario. Para este fin se construirá el apartado sociohistórico, muy necesario para develar la imagen cruda de la época; además, se examinarán las implicaciones éticas para saber ¿qué tipo de estética creó Vallejo en *La virgen de los sicarios*? Y así entender ¿de qué manera la voz narrativa de Vallejo —sus decisiones formales, su cosmovisión— desafía las categorizaciones morales? En última instancia, analizaré la complejidad de los personajes: los sicarios, Fernando y ese mundo narrativo con sus posibilidades temáticas que superan la decencia y rayan en la polémica.

La virgen de los sicarios es una obra que nos lleva a pensar más allá sobre estos contratistas de la muerte denominados sicarios. Esta obra tiene muchos contrastes interesantes respecto a la realidad y la ficción. En este trabajo se busca explorar en la narrativa de la novela sicaresca y en la obra de Fernando Vallejo para presentar diferentes entradas a futuros lectores que les generen curiosidad y el deseo de comprender la realidad de nuestro país en los años 90.

MARCO TEÓRICO

En este apartado se usarán algunas teorías para argumentar algunos apartados y como algunos conceptos de estos autores nos dan una idea de este mundo narrativo y algunos enfoques de como se explica el funcionamiento de la sociedad y cómo se ven reflejados desde la obra articulando cuatro núcleos principales:

1. Los fundamentos de la sociocrítica y los estudios culturales como herramientas metodológicas.
2. La estética de la crueldad y los aportes de la teoría del antihéroe.
3. Las teorías sobre la violencia, la memoria cultural y su representación.
4. Nociones de identidad, marginalidad y subjetividad en la narrativa latinoamericana contemporánea.

Estos ejes crean un entramado entre ellos como si se turnaran para salir a flote intentando evidenciar la fractura de aquella Medellín en ese juego de contrarios, dinámica que hace a la novela realmente interesante.

Literatura y Violencia: Representación, Testimonio y Función Social

Al leer la novela *La virgen de los sicarios* se debe cuestionar éticamente la necesidad de exaltar en el mundo una realidad tan dolorosa; para el autor así lo fue, era necesario retratar la realidad de forma que no se convirtiera en conjunto de testimonios. Por ello usó la novela, porque era su propio mundo, un espejo en donde podría ser libre de añadir dimensiones como lo sentimental. Su romance, o esos choques contrastivos que generan cuestionamientos éticos.

Además, la capacidad de reiterar la memoria de una época sin embellecimientos preservando a su vez lo real de la violenta Medellín de los 90.

La violencia en Colombia genera un debate siempre vigente; por tanto, se debe tener presente que aquello que se trata de ocultar de alguna manera sale a relucir. Un problema tan grande en cualquier ciudad llega a oídos de todos así se trate de manipular ocultándolo a través del tiempo. En *La virgen de los sicarios* ese problema parece volver en el tiempo y muestra la violencia como algo cotidiano. La violencia en Vallejo se presenta en un ciclo repetitivo, un claro ejemplo de ello son los sicarios: unos cobran a otros con la vida las muertes que causaron anteriormente como en el caso de Alexis y Wilmar.

Esta pregunta sobre la necesidad de exaltar la violencia ha estructurado numerosos debates en torno a obras que, como la de Vallejo, se sitúan en la delgada línea entre el testimonio y la ficción, entre la voz filosa y altiva de una denuncia y la estetización del sicario. Para abordar este problema, es indispensable partir de las contribuciones teóricas que han intentado definir los mecanismos mediante los cuales la literatura procesa, reelabora y devuelve o traslada socialmente las experiencias de la violencia a estas obras.

Walter Benjamín (1991) había advertido que toda representación del pasado —incluyendo sus zonas de horror—implica una operación de poder. A grandes rasgos las ideas de Benjamín hablan de quien sale victorioso es quien cuenta la historia y tiene sentido al saber de qué el perdedor es un sometido, en cuanto a sumisión también el lector o más bien el que acepta esa versión de la historia se hace un sumiso ‘pasivo’ y lo ideal sería contar ambas historias (la del vencedor y la del vencido) del que recrearan una realidad más certera. Aunque en *La virgen de los sicarios* el narrador es aquel que media el mundo, sólo a través de él conoceremos el mundo.

Aunque podría considerarse a Fernando personaje como un vencedor en calidad de letrado por encima en cuestiones intelectuales, va más allá de sólo eso: él es quien describe ese mundo. No es un dios omnipresente ni puede evitar aquellas muertes de sus acompañantes, pero muchas veces actúa como uno al declararse "Juez supremo" de Medellín.

Quien narra decide qué voces se escuchan, qué memorias se preservan y cuáles quedan en el silencio. Esta reflexión adquiere una relevancia particular en el contexto colombiano, en donde la literatura ha funcionado históricamente como un espacio de visibilización de experiencias que el discurso oficial tendería a silenciar o a normalizar debido a que de este modo se preserva el orden en cuanto a opinión pública. Si para el discurso hegemónico todo está bien, esa realidad se promulga y seguirá bien al menos en el pensamiento colectivo así no hallan acciones de fondo que lo sustente. La obra de Vallejo es de esta manera un acto de memoria perturbadora: no consuela ni redime, pero preserva y denuncia.

¿Quién es realmente el ganador? Al contrastar diferentes aspectos llegue a distintos postulados. El ganador tiene el poder, domina ese mundo narrativo y cuenta la historia. El primer posible ganador en ser considerado es el estado, pero este no tiene el poder de cubrir las necesidades de sus habitantes, es inoperante y limitado. Un segundo postulado son los sicarios: unos jóvenes en una cultura de inmediatez que ven la salida rápida al ascenso repentino así la muerte les respire en la nuca. La misma muerte que aceptan como una promesa que se cumplirá, pero la muerte da veredicto y acaba con las osadías y, a la vez, con la posibilidad de considerarlos triunfantes.

Repasando lo anterior podríamos detallar que el estado no es ganador en la novela. Existen fuerzas que se salen de su control. Por otro lado, los contratistas de la muerte

simplemente repiten el ciclo y tienen un pronto fin. El narrador, digo, el ganador en esta novela es él, Fernando, quien cuenta la historia y quien condiciona todo lo que sabemos de ese mundo, es aquel que con sus palabras nos genera la existencia y no, no es un dios, pero si un juez que nos guía la visión. Se trata de un letrado en una tierra donde el lenguaje se corrompe, tanto que, hasta él terminó marginado de sus amantes. Ni en sus entierros puede acompañarlos. ¿Por qué no decirlo? Con el cinismo respectivo del cinismo que manejó Fernando narrador, el que se muera pierde.

Beatriz Sarlo (2005) expresa que las narrativas, ya sean testimoniales o la ficción, encuentran su fuente en la realidad de los sucesos verídicos. Operan bajo una lógica de la experiencia (como lo valido es lo vivido), cuando es bien gestionada estéticamente, no se reduce al documento sociológico (lo objetivo como las cifras). Podría decir que le da un valor agregado a aquello que se narra de lo vivido. La autora también acuño términos como el giro subjetivo, quien cuenta la historia es quien tiene la verdad de un modo irrefutable. Es decir, al mejor estilo de él estuvo ahí, si él lo dice, así debe ser. A su vez esto hace parte de la característica narración de Fernando, te engancha, te lleva a preguntarte ¿eso realmente fue así? Y Fernando personaje, desde la novela *La virgen de los sicarios*, constata que sí, él lo vivió, él lo conoció, él lo constató y quizás inconscientemente calza con la idea anterior y nos hace empatizar o pasivamente creer que lo narrado es verdad.

> Había en las afueras de Medellín un pueblo silencioso y apacible que se llamaba Sabaneta. Bien que lo conocí porque allí cerca, a un lado de la carretera que venía de Envigado, otro pueblo, a mitad de camino entre los dos pueblos, en la finca Santa Anita de mis abuelos, a mano izquierda viniendo, transcurrió mi infancia. Claro que lo conocí.

> Estaba al final de esa carretera, en el fin del mundo. Más allá no había nada, ahí el mundo empezaba a bajar, a redondearse, a dar la vuelta. Y eso lo constaté la tarde que elevamos el globo más grande que hubieran visto los cielos de Antioquia. . . (Vallejo, 2002, p. 7)

El narrador por lo tanto en la mayoría de la obra maneja una especie de hiperrealismo nihilista; en pocas palabras, un retrato desnudo de la realidad con una ubicación especifica Latinoamérica. A su vez en Colombia y encerrado en Medellín ¿Por qué digo encerrado? Porque esas montañas crean un cerco perfecto y simbólico. Toda esa violencia queda atrapada y es aquella que genera tensión. Bien lo dijo Fernando:

> Podríamos decir, para simplificar las cosas, que bajo un solo nombre Medellín son dos ciudades: la de abajo, intemporal, en el valle; y la de arriba en las montañas, rodeándola. Es el abrazo de Judas. Esas barriadas circundantes levantadas sobre las laderas de las montañas son las comunas, la chispa y leña que mantienen encendido el fogón del matadero. La ciudad de abajo nunca sube a la ciudad de arriba, pero lo contrario sí: los de arriba bajan, a vagar, a robar, a atracar, a matar. Quiero decir, bajan los que quedan vivos, porque a la mayoría allá arriba, allá mismo, tan cerquita de las nubes y del cielo, antes de que alcancen a bajar en su propio matadero los matan. (Vallejo, 2002, p. 82)

Toda la violencia crea una olla a presión que en cualquier momento puede estallar, y a su vez, crea una variedad de imágenes donde no se busca generar morbo si no ir acabando poco a poco, como raspando ese gran muro que podría ser el sentido moral y también el sentido institucional. Esto se liga con lo que Nelly Richard (2007) desarrolló como “escrituras de la insubordinación”. Este tipo de escritura cuestiona y desafía las normas por que va más allá de ellas ¿Que desafía? En aclaración podrían ser muchas cosas, pero podría ser el lenguaje, el

parlache nacido de la marginalidad. No es el hablar común, es otro orden, o el hecho de burlarse de la indiferencia de la iglesia o el fracaso del estado entre otras muchas cosas ya establecidas.

Para entender los fenómenos en un país, considerando la experiencia como el punto de partida, y a su vez, un hecho que da más confianza para identificarse con el lector, existe una autora que trazó una genealogía de la narrativa de la violencia en Colombia. Pasando por *La Vorágine* de José Eustacio Rivera hasta las novelas de sicarios, Mary Giraldo (2008) y todo lo que ha investigado hace diferencia de estas violencias. No es lo mismo una tragedia colectiva que una violencia generada por alguien individual (el sicario). Por ello las novelas del sicario se escaparon de ser testimonios. Necesitaban comunicar y hacer sentir esa problemática. Aunque en la novela de Vallejo se radicalice la realidad, extrañamente no resulta exagerada porque, como colombianos, sabemos bien qué puede pasar. Se eliminan las distancias. El narrador continuamente está en la acción de los hechos y nos hace participes de ello. Fernando nos lleva a una suerte de cercanía al siempre estar presente durante esas acciones. Lo anterior hace que el lector termine empatizando de algún modo con los sicarios, pero es porque precisamente complejiza al sicario al mostrar otras facetas. Vemos cómo pueden ser victimarios, pero a la vez están en lo cotidiano de su hogar. Un sicario puede ser un ángel guardián y como si la lista no nos llamara aún más a compadecer a alguien que sigue siendo humano, el sicario también puede ser víctima.

Literatura y estudios sobre el tema

Las temáticas son variadas, y tenemos diferentes autores. Son necesarias para entender muchas de las cosas expresadas en la obra, por eso es muy importante resaltar autores que tratan el tema de la sicaresca.

Jácome (2006) hace importantes relaciones, define la sicaresca, y para ello relaciona el pícaro del siglo XVI y lo relaciona con el sicario. Características como lo son: la orfandad, el estado marginal, el desamparo por las instituciones, ellos van sobreviviendo del mundo hostil. ¿Qué realmente diferencia lo pícaro de la sicaresca? Resulta que el pícaro recurre a sus artimañas para sobrevivir o ascender socialmente, pero el sicario busca lujo y estatus de manera pronta. Hasta este punto parecen similares, pero el pícaro se ve a largo plazo y posiblemente lo logra, él ve una vida a futuro; y el sicario sabe que no nació pa' semilla y acabara muerto. Además, no bastaba sólo con ingeniárselas como lo hacía el pícaro. Tampoco era la misma época, las herramientas cambiaron, con la abundancia de armas de fuego no se podía ser sólo listo. Tenía que tener esas herramientas para lograr su objetivo a través de la violencia. En resumen, de la astucia a la eficacia letal.

Los aportes de Jácome (2006) nos exponen las condiciones como las anteriores que son presentes en la figura de Alexis, quien surge de la ruptura del contrato social. Lo que promete el Estado, pero nunca soluciona; además, el sicario surge de esa emergencia y al ser parte de lo marginal se aparta de lo establecido porque no lo representa o porque necesita nuevas maneras de entender o describir su mundo. El parlache como vehículo de lo interno y traductor del mundo; en el libro se ve cómo se explica lo inexplicable, pensar una oración que lleve "muñequear" no hay una aparente relación hasta que comienzas a unir ideas, muñeco es el objetivo de asesinato o a quien asesinaron, en un supuesto imaginario de ya está muerto, por consiguiente "muñequear" acarrea también la muerte y se traduce como el acto de asesinar.

La novela del sicariato difiriendo como tal de la sicaresca es lo que propone Osorio (2015). el anterior apartado sobre sicaresca, si bien tiene puntos rescatables como que las épocas

disponen de otras herramientas y motivaciones, no resulta un término adecuado. Osorio (2015) plantea que resumirlo a pícaro es romantizarlo porque él es un asesino, y el simple hecho de resumirlo a ello minimiza el horror de la estética cruenta que probablemente autores como Vallejo han querido demostrar. También desdibuja la originalidad de los autores colombianos de este subgénero porque está sentando de que ya hay una base como es el pícaro.

¿Por qué Osorio propone que novela del sicariato es más apropiado? En este apartado coincido con el autor, él plantea en qué se identifican los temas sin juzgarlos o minimizarlos, sin tener una etiqueta burlona o quizás moralista, y así se podría investigar más objetivamente. Hay que tratar las cosas desde una formalidad pertinente que abarque sin etiquetas el tema. De este modo se parte de un estudio sin juicios morales o elitistas previos. Luego, introduce a su vez al sicario como un "sujeto cultural" que no es un fenómeno accidental sino un producto de una Genesis impulsada por la suma de fracasos sociales. Es un sujeto que se amoldó y absorbió la cultura que lo rodea, la de lo marginal. Por este motivo, el sicario se vuelve una especie de espejo, en él se ve el exceso, la precariedad, la pérdida de valores remplazados por el capitalismo salvaje, donde una vida se vuelve sólo una recompensa económica. Este espejo muestra una retorcida imagen de horror sobre la realidad.

Sociocrítica y Estudios Culturales: Herramientas para el Análisis

Es importante este apartado porque nos ayuda a entender el contexto en el que se crea la novela y cómo genera transformaciones culturales. Nos sitúa en un lugar específico y en una cultura construida por unos factores, por ello es pertinente al análisis de la obra.

Edmond Cros (1997, 2003) trae consigo el término "lugares de inscripción" donde podríamos imaginar a la novela como un vasto territorio y, a todas las cosas que lo afectan,

modifican o transforman, como huellas generadas por una sociedad que hacen que se creen. Todas estas huellas en el caso de la obra nos crean una visión artística que no busca reflejar fielmente la realidad, porque el fin del arte en esta estética cruda es hacer visible lo invisible. Cómo ese entorno dejo todas esas huellas, peculiaridades generadas dentro de ese mundo sicarial. Es como si tuvieras de base la realidad y ella fuera un gran lienzo en cualquier color diferente a blanco para no caer en la idea de vacío. Todos estos procesos sociales pusieron algo más, aquello que termina siendo sería esa construcción artística que nunca será igual a lo que fue en un inicio la realidad. Esa obra artística tiene un proceso que transforma lo sociohistórico real en una narrativa, empleándose de engranajes como lo sería la selección léxica organizando el tiempo y espacio. La voz narrativa y la fabricación de sus personajes. Por ello, en relación con la sociocrítica, esta relaciona sociedad y cultura según ciertas condiciones dieron origen a singularidades como la novela del sicariato.

El concepto de sociolecto de Edmond Cros (1997, 2003) captura precisamente apartados como el parlache, ya que hace parte de los discursos que dialogan, contrastan y dan significado al personaje de investigación y a su mundo. Podríamos resaltar algunos como el léxico del narrador letrado o el discurso en torno a la religión, el parlache, etc. El sociolecto como un discurso particular que comparte un grupo de personas se entrecruza entre ellos que no sólo ambientan el espacio, sino que al cruzarse crean significaciones profundas; por ejemplo, el cruce entre el discurso de Fernando y el Parlache de los sicarios. El discursos moral, gramatical y clásico de las épocas que añora ya no existen y se contrasta con la juventud sicarial y su parlache. Ellos reinventaron el lenguaje para escapar de todo lo que no los incluye y resignificar lo que conocen, esa nueva realidad sangrienta y cruel necesitaba dar origen a un nuevo discurso que simplemente se sobrepone a lo culto porque es aquello que ronda por Medellín y Metrallo. Se ve claramente

en la novela, el mismo Fernando termina usando términos como “muñequearon”, “vuelta”, o “visaje”.

Otro aporte interesante es el de Jesús Martín-Barbero (1998), él sostuvo que la crítica literaria y la sociología veían al sicario como un joven que, manipulado, repetían la violencia de medios como la televisión, pero hay un concepto de mediación que es necesario comprender. El sicario no es bombardeado por los medios, no se le busca inyectar en su mente que debe matar y ser un sicario. Hay una zona media donde el personaje asimila lo que está en su entorno. Algunos ejemplos son: la religión Alexis ya que él sabe de iglesias, pero no va por salvación, ni por estar afligido, va por protección. Otro ejemplo es temporal: en los 90 comenzaron a llegar tenis importados, no los consume por simple moda o por estar condicionado por los medios, él busca una aprobación, lo que el mundo no le da al ser desechable. Los tenis le dan visibilidad y dignidad. Las armas también vienen incluidas en esta cuestión, es un instrumento para matar, pero es ahí donde se apropia de ella y le aplica su subjetividad que esta esa mediación que hace el sicario. Al arma la trata con esmero, pulcritud y cuidado, hasta sacralizarla. Toma algo que ya está en su entorno y lo personaliza.

Lo anterior lleva a considerar una pregunta ¿Qué mediación llevo a un joven como Alexis a convertirse en sicario? Mi respuesta en sustento con La virgen de los sicarios son los tenis, no como un objeto simple. Ellos son la prueba de la globalización y de ese estatus y reconocimiento que quiere el sicario, lo que sucede es que en esa marginalidad y falta de oportunidades no encuentra realmente cómo llegar a una solución y busca salidas rápidas. Habrá otras mediaciones como lo que se absorbe del parche (grupo) y la idea de que son desechables llevándolo a alterar su manera de pensar. Me explico mejor: si sabes que no tendrás futuro y morirás joven, cosas a

largo plazo como ser enjuiciado, una jubilación o vejez no estarán en su pensamiento, se pierde el sentido de anhelar un futuro, ¿si no hay futuro para que preocuparse por cualquier cosa, incluyendo a su vez la moral?

Al cerrar este análisis se refuerzan ciertas ideas y ello implica traer a alusión a Néstor García Canclini (1990). Medellín no es sólo un territorio sino una hibridación cultural latente llena de violencia en los 90, dando a conocer esa mezcla discordante entre viejas tradiciones y una modernidad bastante cruda. Un buen ejemplo de lo anterior es ir a la iglesia a rezar el pasado, a un trabajo como el sicariato en el presente narrativo. Cuando esta hibridación ocurre, surge no una fe religiosa por culpa sino una instrumentalización de la fe. La fe sirve para protección, no como religión. O el viejo y el joven, imagen a su vez del letrado y la analfabeta, la hibridación ocurre desde que Fernando adopta todas esas palabras de los jóvenes ("gonorrea", "parche"). Otro concepto del autor son los intersticios culturales como una especie de grietas en estas instituciones que de alguna forma u otra deberían velar por los sicarios: la escuela, el Estado, la iglesia etc. Teniendo en cuenta que hay grietas en todo este mundo narrativo y que el sicario se pasea entre ellas, pero ninguno lo acoge, lo hace suyo o lo reclama el sicario esta desamparado y refuerza la idea de que tiene que hallar una salida fácil.

Identidad, Marginalidad y Subjetividad en la Narrativa Latinoamericana

Existen varios ejes teóricos que atraviesan a La virgen de los sicarios. A modo de ejemplo esta la identidad, la marginalidad y la subjetividad ubicándonos en las sociedades latinoamericanas contemporáneas. Estos ejes no pueden tratarse separados de la historia misma, en específico de la novela de Vallejo. Sabemos que La virgen de los sicarios nos devuelve un reflejo deformado de la sociedad y se basa en la época de los 90 en Medellín.

¿Cuál es la posición de los jóvenes asesinos en la obra? Aníbal Quijano (2000) trae a la investigación un término importante sobre la marginalidad y este término es la colonialidad. Quijano propone una Colonialidad del poder. Existe una serie de jerarquías desde el género, la clase o la raza y no son simples herencias de lo que creó a Latinoamérica en un pasado. Son temas que deciden quién progresa y quién no. Es preciso aclarar; por ejemplo, la diferencia entre colonialismo se trata del dominio de un imperio sobre otro. La colonialidad habla sobre aquel patrón que quedó del proceso anterior.

La religiosidad es un ejemplo presente en la obra, ella quedó estructurada y arraigada en la sociedad porque fue impuesta. Otro ejemplo son las instituciones creadas en Colombia y a la vez copiadas de otros lugares como adaptaciones de lo que otros países ordenaron. La colonialidad hace visible los patrones que siguen existiendo. Es ese orden establecido aún; la raza o la clase como el centro y las comunas. Ya no existen títulos nobiliarios, pero se mantienen aspectos de esa exclusión social. Continuando con la idea de la exclusión, tendríamos que abonar otro aspecto la colonialidad desde el saber: es como si todo lo que te enseñaron viniera de un lugar específico, en este caso Europa, pero a ti te mantienen excluido de esa información. Ahí es donde nace esa reinterpretación del lenguaje por el sicario. Él crea nuevas maneras de decir las cosas.

Siguiendo la búsqueda de colonialidad presente en la obra de Vallejo se añade a los pobres obligados a sobrevivir de las peores formas. Tienen un destino ya dispuesto, una inferioridad inmodificable. En la contemporaneidad aparecen jóvenes como Alexis. ¿Pero en que difiere o en qué cambió el rasgo? En que esa pobreza no es por supervivencia solamente. Él tiene derechos y tiene más libertades si tiene una posibilidad de escaparse de la marginalidad, aunque

no por mucho tiempo. En esa búsqueda agregada de estatus, al no tener otras formas de lograrlo, intentará quizás su único camino: un camino que le asegura la brevedad. Ya sumergido en la brevedad tendrá a su vez los días contados.

En relación con la idea anterior, el autor Loïc Wacquant (2001) propone una configuración de lo marginal en la urbe creando una especie de zonas de "relegación urbana". Estas zonas escapan de aquello que modifica a la economía del país, por ejemplo, a la recesión o la abundancia, pero ¿qué sucede en estas zonas? las personas permanecen en pobreza. Es como si estuvieran sitiadas y hubieran generado un orden simbólico independiente debido a su exclusión social. En estas zonas se construye una cultura propia, tiene su propio orden de poder. Podría ejemplificarse a través del patrón y el sicario con sus respectivas maneras de ver el honor.

En estas zonas de marginalidad se establecen leyes fundamentales entre sicarios, como la promesa de amor, pues son capaces de dar la vida por su ser amado. También existe una ley que tanto alimenta el ciclo de violencia similar a la ley del talión: ojo por ojo, diente por diente. La reciprocidad de la venganza para mantener las cosas en igualdad. El cumplimiento de su encargo. Nunca volverse en contra con aquel que lo contrató. El no "arrugarse". Intentar hacer las cosas de un solo disparo. La pulcritud de la crudeza.

En cuanto a esta narrativa de estética cruel e hiperrealista se genera una administración de la vida y se decide a su vez la muerte. La tesis de Achille Mbembe (2011) acerca de la "necropolítica" permite ver de esta manera al estado que no se preocupa por ciertas zonas y simplemente decide quién sí y quién no vive. Por eso a su vez se crean zonas marginales donde el peligro siempre asecha. En estas zonas se vive en la vulnerabilidad y el Estado no decide a quiénes hacer objetivo de la "limpieza". De su inoperancia se derivan las condiciones precarias

que generan este caos en el que los mismos delincuentes se matan entre ellos. Ahí, justo ahí, se sitúa el sicario al estar en la base de esa pirámide. Ellos son las fichas más prescindibles. Al comprender que su paso por el mundo es corto siempre están en la constante libertad violenta de vivir en este mundo que los deshumaniza y los desecha.

Al no pertenecer a ningún lado y al estar en una ciudad fragmentada, como la separación entre Medellín y Medallo. Cornejo Polar (1994) trata esta "fragmentación" que viene a su vez desde el mito del mestizaje, donde no somos homogéneos. Los sicarios habitan ese mundo heterogéneo y no se identifican en él. Se imponen. En la virgen de los sicarios se propone un nuevo orden en Metrallo. El poder de los sicarios es ilegal ante la institucionalidad, pero legal dentro de su cultura. Ellos tienen su propio ordenamiento.

El Antihéroe en la Narrativa Moderna: Genealogía y Transformaciones

Con el origen de un protagonista humilde de ética difusa como el pícaro, señaló Mijaíl Bajtín (1986) que sería complicado entender la literatura moderna sin esa figura. Él teorizó alrededor del pícaro, pero el sicario de La virgen de los sicarios comparte los rasgos marginales con el pícaro. Él está ligado como tal con la risa, la burla y el sicario está ligado a exponer la gravedad de la muerte en la realidad. ¿Con qué seriedad, con qué velo narrativo y con qué crueldad busca darse a interpretar cada personaje? Ambos podrían ser considerados como antihéroes al ser protagonistas carentes de valores tradicionales propios de un héroe clásico. No actúan por un bien común, lo hacen para sí mismos. A veces con moral dudosa o inexistente, pero reitero en la idea anterior, el pícaro tiene esperanza, el sicario no.

El pícaro usa triquiñuelas, pero no llega al punto de la violencia irreversible. El pícaro busca saciar su escasez al punto de considerarse una cuestión biológica. El sicario, por otra parte,

está en el contexto de globalización, de lograr más cosas mediante esa transacción mercantil. Alexis y Wilmar no son antihéroes clásicos, no tienen un aspecto autorreflexivo pero esa misma alienación es la que los protege de las atrocidades cometidas. Es una negación de valores inconsciente. Es como aquello que protege su mentalidad, al no estar cobijados por las leyes normales tampoco necesitan tener una moral normal. Para soportar esa realidad lo vuelven parte de su cotidianidad. No hay tiempo para culpas.

En el caso de la obra de Fernando Vallejo no se busca el equilibrio. Se evidencian las rupturas de tipo social y cultural, se busca llenar de imágenes la vista del lector en una estética que desborda en violencia. Ilse Logie y Brigitte Adriaensen (2010) lo definiría como "la narrativa del exceso" pero ¿Por qué lo hace de esa manera? Por qué aquel realismo de la obra nos adentra directamente en esa violencia. No nos da pausa y de esa manera percibimos el fenómeno desde adentro. Nos hace chocarnos una y otra vez con la temática. Hace que el fastidio se evidencie; y cuando algo fastidia, terminamos preguntándonos ¿por qué? Porque untados del tema es necesario preguntarse todo aquello que nos molesta.

La Estética de la Crueldad: Artaud, Vallejo y la Violencia como Dispositivo Crítico

Se trata de algo más que un espectáculo o un ejercicio de sadismo. Antonín Artaud (1938) da la llave para entender ese tipo de estética como la de Fernando Vallejo. Lo que busca el autor a través de sus personajes es traer a la vista todo lo incomodo que genera la exclusión social. Nos confronta directamente con la violencia a su vez inevitable en la novela. Esta lectura no ofrece un lugar donde refugiarse para escapar de lo real, al contrario, ofrece una realidad que no nos deja escapar de ese hiperrealismo.

Artaud en su estética de la crueldad no ve la crueldad como sadismo, la ve como algo brutalmente honesto. Aunque Fernando Vallejo no se declara abiertamente seguidor de esta teoría, sí la aplica en su obra. Un tema tan sensible y cuestionable como el acto de los sicarios no necesita ser sobreexpuesto con reflectores porque parte de ese grado de impacto. Logra aterrarnos y es lo que Hannah Arendt (1963) da como consecuencia de estar reiteradamente expuestos una y otra vez a esa realidad. Caemos como tal en "la banalidad". En palabras más simples, el sicario ejecuta, no reflexiona. Comete muchos hechos de violencia, por lo tanto, lo vuelve cotidiano. No tiene que pensarlo, no tiene que reflexionarlo, sólo lo hace sin aplicarle una moral o una reflexión. Se vuelve banal, sin desarrollo mental más allá de un encargo.

La Novela Sicaresca como Subgénero

Por un lado, Margarita Jácome (2010) acuña el término "novela sicaresca"; por el otro, Óscar Osorio (2007, 2013) nos remite a la novela como "la novela del sicario". Si bien Jácome lo relaciona con ciertas características similares de marginalidad y orfandad, Osorio difiere en cuanto a que debe verse desde una perspectiva amplia y más objetiva. Osorio argumenta que el pícaro se toma con humor, pero la violencia hiperrealista en La virgen de los sicarios requiere un mayor rigor para no minimizar esta literatura.

Osorio (2007) reflexiona y expone los siguientes elementos centrales en este tipo de narrativa. Primero: el sicario es el protagonista o se reitera en su figura. Segundo: los hechos ocurren en los lugares más pobres y violentos, en lo marginal. Tercero al usar un lenguaje como el de las comunas "lenguaje coloquial" percibimos una representación muy real. Cuarto: no sólo en la novela hay contrastes entre opuestos, el autor parece repeler lo que denuncia, pero a su vez nos hace sentir fascinación por los hechos.

La autora Margarita Jácome (2010) busca relacionar aspectos del pícaro del siglo de oro con el sicario. Ambos sujetos comparten características. Recorren sus mundos narrativos desde la condición de sujeto desplazado y hacen visible la doble moral a la que son sometidos en sus mundos. Pero son figuras diferentes, de épocas diferentes. La intención del pícaro es sobrevivir y lograr algo a largo plazo, una vida abundante mediante triquiñuelas. El sicario se encuentra en una sociedad donde la realidad está aún más desdibujada. Mientras al pícaro aun lo rige algo de moral, el sicario rompe con la idea de sentir culpa. Su oficio es la muerte y no necesita cuestionárselo.

Por ello es necesario ver ¿por qué surgieron las narrativas del sicariato? La narrativa del sicariato corresponde a una serie de remezones que sufrió la literatura en el siglo XX. De esta manera lo aclara Troncoso Mogollón (2013), la década de los noventa no sólo trajo violencia, también trajo una transformación radical en la industria: la apertura de mercados editoriales y la proyección internacional de nuestras letras —herencia motivada por el fenómeno de García Márquez— generaron un escenario inédito.

Este escenario surgió por algo, ese algo era preciso, la realidad colombiana se enfrentaba a una violencia que mutó de lo bipartidista al mercado del narcotráfico. Esta violencia era algo a lo que los escritores más puristas y moralistas le huían o no consideraban prudente tratar. En consecuencia, se generó algo que no había sido contado, la violencia desde la figura del sicario, naciendo en requerimiento y en respuesta a aquello que necesitaba ser contado. Y que no se animaban a narrar. Por lo tanto, el interés por las narrativas colombianas y la demanda que aún no se había suplido, esa necesidad de rescatar la realidad violenta aún era una deuda con el reconocimiento de la realidad.

Por este motivo tomó como suyo este ámbito, suplió ese mercado literario y no es que trate de hacer una guía para que el lector comprenda al sicario, aunque pueda llegar a ello, ni busca dejar una moraleja, lo que busca es traer esa realidad a la narración sin velos estéticos. Su narración empuja al lector a cuestionarse sus valores y la realidad. No se trata de ficción solamente, se trata de sacar a flote cosas que normalizamos. De llevarnos a reconsiderar, por ejemplo, la ausencia de una justicia divina impulsada desde la fe católica o el estado sin proveer a cabalidad la seguridad, la policía que aparece para sobornos, pero no para proteger a sus ciudadanos, o la vida como algo sagrado en la novela es reducida a algo sin valor, que se le puede quitar a cualquiera por el motivo más trivial. Como en la virgen de los sicarios, cuando le disparan al taxista sólo porque le cayó mal. La novela complejiza la figura del sicario, él tiene una vida cotidiana y siente, aunque se desconecte, se trata de su oficio. Esta obra amplia la figura del sicario y la rehumaniza no para dar lastima sino para mostrar que hay algo más allá de un asesino a secas.

Religiosidad Popular, Violencia y Sacralización de la Muerte

La devoción por la virgen de los sicarios es una constante en la obra y por algo la novela lleva como tal su título. Al polemizar la religión, Fernando Vallejo hace que ese foco este sobre la obra. Se articula una mutación de la religiosidad, de la religiosidad clásica como fe y búsqueda de la salvación a la religiosidad instrumental de los sicarios como simple manera de protegerse. Porque en todo momento saben que pronto llegará su muerte. La virgen de los sicarios, María auxiliadora, es perfecta desde su nombre para representar ese cambio de religiosidad, y ayuda a entender cómo el sicario es religioso de una manera instrumental.

René Girard (1977) en *La violencia y lo sagrado* argumenta que no son apartados opuestos, ambos tienen ritos religiosos que controlan como tal la agresividad de las personas. De esta manera la violencia no rompe este orden social, pero para el sicario es muy diferente. Lo sagrado no lo frena ni lo ayuda a calmarse. Todo lo contrario, lo sagrado surge como protección y la capacidad para desatar su violencia. La religión le da protección divina: ve tranquilo, haz el mal que la virgen te protege.

Remitiéndonos al contexto colombiano y su religiosidad popular, Jorge Eliécer Martínez Posada (2015) sostiene la idea anterior. La fe de los sicarios no es de la índole moral —orientada por misericordia o principios éticos, sino que va ligada a una especie de misticismo. Por eso utiliza amuletos o rezos a las armas. En medio de su guerra social, usa a la religión para sus fines, como la virgen como una madre no lo juzgará, sólo lo cuida.

Debido a lo anterior y referido al rol de la virgen María, Jácome (2010) demuestra que el sicario esta fraccionado en su manera de ser, la busca no por perdón; más bien, por refugio. Ella siempre estará para él ya que las otras instituciones nunca están: la madre ideal, la madre de madres, y así mismo buscan otros refugios más inmediatos, más tangibles y cercanos como lo sería el grupo criminal; o como ellos lo conocen, su “parche”.

Síntesis del Marco Teórico

El marco teórico se erige sobre cinco ejes fundamentales que guiarán el análisis de los próximos capítulos:

Primer eje (contexto y ética): La novela de estudio no es básica ficción, tiene un contexto, es reflejo y evidencia de una violencia, de un momento especifico con un gran peso. Evidencia

esa tragedia, la novela del sicariato en Vallejo, narrativa que tiene el poder para influencias y hacer cuestionar el pensamiento sobre el asunto.

Segundo eje (Lenguaje y sociedad): como se nutre la literatura de diversos temas y como lo hace visible mediante las distintas voces. Temas como la religiosidad, los códigos de la mafia, dan contraste en ciertas mutaciones de lo que sería la fe por ejemplo o el orden.

Tercer eje (El sicario como síntoma social): El sicario es producto de su entorno y a partir de esta exclusión también crea su propia cultura, códigos y omisiones morales.

Cuarto eje (La provocación estética): La novela recurre a una "estética de la crueldad" inspirada en Antonín Artaud y en la narrativa del exceso. Una saturación de crueldad que nos hace acudir a evaluar nuestros valores, el sicario es más que sólo un asesino.

Quinto eje (Fe sin moral): La fragmentación también está presente en la mentalidad del sicario y ello también se ve en su fe moral, no como religiosa sino como instrumental. Se divide entre un joven que asesina, pero búsqueda protección mas no expiación de sus culpas.

MARCO SOCIOHISTÓRICO

El Sicario: Definición, Evolución y Contexto Colombiano

La novela de la violencia en Colombia no podría ser entendida sin examinar la figura del sicario. Este actor, personaje y testigo, dependiendo de en qué género se observe, está fundido en la memoria colectiva. Se basa en una realidad. El sicario, más que un simple asesino que mata por dinero, puede llegar a tener una gran complejidad. En *La virgen de los sicarios* es necesario rastrear sus orígenes. Comprender cómo funciona su entorno criminal y saber cuál es su impacto socio cultural para entender cómo surgió en la literatura.

La palabra "sicario" etimológicamente proviene de la palabra sicarius, cuya raíz sica se refiere a una daga pequeña. Esta se usaba en roma en el siglo I d. C. Los sicarius fueron un grupo radical judío; los cuales asesinaban con la sica y la escondían en sus ropas. Actuaban en contra de quienes apoyaran el imperio romano con el fin de obtener la libertad para Judea. El sicarius, que luego conocimos como sicario, era una sombra. Un personaje al acecho que entre vestiduras se camuflaba como alguien normal, pero planeaba su ataque. Si bien las razones, el cambio a nuevas herramientas, el tiempo y los espacios cambiaron, la idea básica de asesino se mantuvo.

¿Cómo pasamos del sicario de la sica al sicario latinoamericano del autor Vallejo? Las épocas eran diferentes. La misma configuración de la ciudad hacía que la movilidad fuera distinta. Los callejones distan de lugares urbanos contemporáneos llenos de obstáculos en donde la vía de escape son las carreteras. Las herramientas cambian según la época; por ello, el sicario de Vallejo necesitaba una moto mara moverse. Para asesinar, necesitaba un arma de fuego, no una sica. Porque es más efectiva.

Si se analiza al sicario desde la criminología —disciplina distinta a la criminalística— nos enfocaremos en el sicario como un sujeto cultural. Dejaremos de lado los detalles científicos del criminalista y nos centraremos en preguntas como: ¿por qué asesina el sicario o por que llega a ser un asesino?, ¿qué procesos sociales influyen en este asesino?, ¿qué falló en el Estado para que ese sea su empleo? Pero hay muchas maneras de apreciar el fenómeno del sicariato. Desde lo judicial, el sicario es un criminal que mata a otra persona porque se lo ordenan a cambio de recibir un pago en dinero o en cualquier otro beneficio (Vázquez, Campos y Blázquez, 2017). Esto puede ser un síntoma de todo lo que ha fallado en las instituciones. Además de un criminal, es un ejecutor que hace parte de un negocio. No lo hace con ira ni por una motivación especial, es un encargo que se cumple con fría destreza.

El crecimiento del narcotráfico dio masificación, industrialización y profesionalización al sicario, pero ¿por qué fueron necesarios para el narcotráfico? La respuesta es sencilla: cumplen un fin pragmático. El jefe de un negocio ilegal necesita proteger sus riquezas, sus secretos o protegerse de todo aquello que pueda afectarle. Es necesario una fuerza tanto de protección como de sometimiento violento irreversible. Para la empresa criminal, a veces los problemas tienen caras y generan amenazas, por lo tanto, alguien debe morir para que el problema se extinga.

Los sicarios están fuera de la ley convencional y se convierten en una fuerza paraestatal. Se considerará a lo paraestatal aquello que cumple funciones del estado. En el caso de *La virgen de los sicarios*, se presenta otro orden dentro de su propio sistema. El cartel, al escaparse de las leyes, crea su propia normatividad y necesita quién administre protección y justicia. Los sicarios serían, dentro de ese microestado, los policías del cartel. Todo lo anterior sucedió en Colombia entre los años 80 y 90. El jefe era “el gran capo” y en Medellín lo fue Pablo Escobar.

Aunque Fernando Vallejo lo dice con sutileza como “el gran contratador”, para establecer su proyecto criminal necesitaba mano de obra asesina. Comenzó a demandar masivamente a estos contratistas de la muerte. Para los jóvenes sin empleo, el sicariato se convirtió en la única forma de escalar socialmente. Entraban en la empresa criminal para conseguir el respeto de los demás y ganar un dinero que jamás habrían logrado trabajando por las vías legales (Salazar, 2001; Dávila, 2016).

Estos jóvenes fueron retratados por Alonso Salazar (1990) en su obra *No nacimos pa’ semilla*. Él hizo un retrato de la Medellín marginada y las vivencias de estos jóvenes sicarios. Ingresar en ese mundo sicarial no era sólo tener un empleo, se unían a una banda que reemplazaba las instituciones oficiales porque esas instituciones no hacían su trabajo. Las instituciones estatales incluso están corruptas al punto de acolitar y ayudar al crimen organizado.

> En este país cada cual se busca salir adelante como pueda. Aquí no hay nadie sano. Vea los políticos nosotros somos unos chichigüeros al lado de ellos. Se alzan millones con sólo hechas firmas Ni siquiera se la sudan.
>
> Lo mismo la Ley. La policía es una bandera. Es que son muy faltones, son delincuentes con uniforme. Lo raquetean a uno y si le encuentran un fierro están es retacando por plata. Se lo fotografían a uno y cada vez que lo ven le vuelven a caer. Esos comen mucho tienen cuatro panzas como los rumiantes. (Salazar, 1990, p. 72)

Colombia ha vivido bajo el ataque de distintos grupos armados como las mafias del narcotráfico y las bandas de sicarios. Daniel Pécaut (2001) nos dice que esta violencia desdibujó esa línea entre lo público y lo íntimo. O aún más repercusivo, entre lo legal y lo prohibido, se imponía la zozobra del miedo y faltaba justicia por parte de las instituciones. En Medellín se

volvió algo cotidiano las balaceras y muertes. Cambiaron los hábitos de la gente. Se instaló un temor constante que dañó hasta las relaciones más básicas entre los vecinos (Dávila, 2016). Un buen ejemplo de lo anterior en La virgen de los sicarios es cómo la vecina vive con miedo. En contexto ella lo vio todo, pero se inventa todo para no salir perjudicada. No es una relación cordial. Todos están llenos de miedo y de indiferencia. Su vínculo no es de vecindad sino de miedo. Los vecinos pueden ser molestias o amenazas; este es el caso preciso del asesinato del vecino punkero, Fernando cansado del Heavy metal de su vecino se queja y con complacencia llega el momento en que Alexis lo mata justo donde se había aplicado la cruz.

Quizás la cruz sea un doble simbolismo: las amenazas a la paz cotidiana justifican la muerte que aquí se da de un disparo en la cruz de su frente. Evidenciando a su vez que el morbo y la indiferencia importaban más para contar lo sucedido que la gravedad del asesinato: “Estaban ellos incluso más contentos que yo, ellos a quienes no les iba nada en el muerto. Aunque no tuvieran qué comer hoy sí tenían qué contar. Hoy por lo menos tenían la vida llena” (Vallejo, 2002, p.27). Por lo tanto, el sicario impacta y modifica en lo cotidiano. Es así como un fenómeno, al hacerse masivo y repetitivo en una época como los 90, da origen a La virgen de los sicarios.

El joven que cometía un crimen ya no era un criminal cualquiera; alrededor de él se construía una reputación, se convertía en icono de cultura y en relejo complejo de esa Colombia violenta. En torno a este personaje del sicario se tejió una mitología llena de paradojas. En donde chocan la resignación ante el destino, la fe del pueblo, la fascinación por la muerte y un estilo de vida basado en romper las leyes (Osorio, 2013; Jácome, 2010). Rezarle a María Auxiliadora —la patrona de estos jóvenes— o depositar su fe en otros santos fue la manera de buscar un escudo

divino frente al peligro inminente de morir. Esta devoción saca a la luz una fe profundamente contradictoria: la urgencia de encontrar protección dentro de un oficio que, por su propia naturaleza destructiva, niega cualquier principio moral.

En el sicario se ven cruzadas distintas problemáticas de la sociedad colombiana. Desde la economía, la política y la cultura. En ello radica su complejidad, en entender el problema de una manera multidisciplinar. Al evidenciarlo en La virgen de los sicarios podemos afirmar que el sicario es un síntoma nacido de todos esos problemas estructurales. Él vive en la dicotomía donde coexístelo lo humano y lo atroz en una fe tergiversada. No es "el que reza y peca, empata", es "el que reza, peca y vive para contarla".

Contexto Socioeconómico y Psicosocial

El sicariato es una emergencia en el sentido de que se convirtió en una intricada empresa en donde se evidencian las oficinas de cobro y la subcontratación de estos contratistas de la muerte. El sicariato latinoamericano es, ante todo, un síntoma de las profundas desigualdades estructurales, la ausencia de oportunidades formales y la fragilidad del Estado de Derecho en múltiples regiones del continente (Vázquez et al., 2017). Por lo tanto, se deduce que la precariedad es un factor reiterado que impulsa a los jóvenes a tomar el camino y unirse a este entorno criminal. Encuentran en el sicariato una vía de obtención de ingresos rápidos y una sensación de poder que la sociedad formal les niega sistemáticamente (Noboa-Larrea y Ruiz-abril, 2020).

En una ciudad donde coexiste una justicia inoperante que brilla por su ausencia, los criminales crean su propia normatividad a partir de su propia empresa. Por ello, el narcotráfico de los 90 en Medellín impulsó el crimen organizado y la mercantilización de la muerte. Esto

causó que la vida perdiera su valor moral. Se elimina la idea de que la vida está por encima de todo porque el sicario le da un valor transaccional. Un encargo hecho, un pago que se le hace. Matar se convierte en una acción para administrar orden, cobros y resolver problemas.

La muerte es una transacción simple, es un empleo como cualquier otro. No se ve a la víctima como un humano. Irónicamente ellos mismos tampoco tienen ese valor humano. Todos son visto como muñecos. La víctima es "un objetivo", "un blanco" con precio. Pero todo lo anterior remite a que las investigaciones suelen encontrar un patrón común donde se mezclan la crianza en entornos hostiles, las ansias de ganar respeto y jerarquía, la pérdida paulatina de la empatía ante el dolor ajeno y, con frecuencia, secuelas psicológicas causadas por traumas acumulados desde la infancia (Vázquez et al., 2017; Eguiluz Castañeda, 2018).

Colombia en los Noventa: Un Estado Fragmentado

Es necesario tener presente que la historia colombiana arrastraba con su entonces presente inmediato las heridas de enfrentamientos políticos sangrientos. A causa de esto, los actores desarrollaron maneras repudiables y dignas de la más perversa imaginación de expresar esa maldad. Para nombrar algunos y no salirnos de la ciudad real en la que transcurre la obra: en Medellín hubo atentados bomba, hubo exterminio de policías, limpiezas sociales, pescas milagrosas. La ciudad era un entorno convulsionado y apoyado por las mafias de la droga a la cabeza de Pablo Escobar y el cartel de Medellín. Ellos utilizaron el miedo en la población como medio de control para lograr que el gobierno se doblegara. Por esto caían muñecos; es decir, morían asesinadas personas de toda clase. Desde el candidato a presidencia hasta el que tuvo el necio error de salir a vivir su vida. Al final, como bien describe Salazar (2001), el horror se

camufló tanto y de tal manera en el día a día que los colombianos terminaron por normalizar el miedo colectivo para poder seguir viviendo.

La guerra entre el Gobierno, las guerrillas —como las FARC, el ELN y el EPL— y el paramilitarismo bajo la bandera de las AUC se adueñó de los territorios transformando gran parte del mapa nacional en un campo de batalla abierto. Los grupos guerrilleros aprovecharon el dinero del narcotráfico y la debilidad institucional para crecer. Esto les permitió tomarse pueblos enteros, secuestrar de forma masiva y golpear con saña la infraestructura del país. La respuesta paramilitar no se hizo esperar. Con el respaldo o la mirada esquiva de varios sectores del Ejército y de las élites económicas locales, estas agrupaciones ejecutaron masacres, desataron el éxodo forzado y asesinaron de manera selectiva. Como bien argumenta Pécaut (2001), esta guerra contrainsurgente borró de tajo cualquier frontera ética, ensañándose con la población civil al tratarla igual que a los combatientes en armas.

En aquella época hubo muchísimos hechos repudiables en Colombia propulsados por distintos entes delictivos. Por parte del narcoterrorismo que se oponía a la extradición entre los 80 y los 90 en donde sucedieron los asesinatos impulsados por el narcotráfico del ministro de defensa Rodrigo Lara bonilla (1984); en Bogotá, El magnicidio de Luis Carlos Galán (1989); en Soacha, La bomba del avión de Avianca (1989) y el atentado al DAS (1989); en Bogotá, El "Plan Pistola" (dinero por cada policía asesinado) y la bomba de La plaza de toros la Macarena en Medellín (1990-1991). La zozobra del país se extendía y otros grupos armados también efectuaban actos de violencia. La guerrilla del M19 con la toma y retoma del palacio de justicia (1985). Pero aún hay más, los paramilitares por su parte ejecutaron los magnicidios de Bernardo Jaramillo (1990) en Bogotá y Carlos Pizarro (1990) vuelo entre Bogotá y Barranquilla. Para

finalizar, la propia institucionalidad la policía nacional o grupo F2 en medio del estado de sitio ejecutó la masacre de Villatina (1992) en Medellín como retaliación por las muertes hacia policías.

Todo lo anterior es preciso recordarlo como la señal clara de que la violencia repite su ciclo, como en la misma novela de Vallejo, uno mata al otro y el otro se venga. En una especie de ley del Talión de la cual no se logra salir. Cabe la pregunta: ¿por qué no se logra una paz total? O, ¿a quién beneficia que no haya paz? Para intentar imponer el orden, la paz y la democratización, además de actualizar y adaptar las leyes a la realidad colombiana, se promulgó la constitución de 1991. Sin embargo, todo mutó: los grupos armados originalmente con ideologías políticas fueron deformando sus ideas. Las guerrillas; FARC y ELN encontraron nuevas formas de financiación masiva como en el narcotráfico y la extorsión. Lo mismo ocurrió con los paramilitares, cada uno dominando una zona.

A partir de la desigualdad y la falta de oportunidades los criminales crean mundos bajo su propio orden. Estos episodios son llevados en silencio, al fastidio, por eso se debe recrear siempre la memoria de lo repudiable. Para que llegue un mensaje de cuestionamiento al lector. Todos los días leemos desde símbolos a señales. Es necesario interpretar la realidad por más dolorosa que sea y no quedarnos en lo superficial. En *La virgen de los sicarios* Vallejo no explora todas estas fechas, pero si invita a reflexionar sobre ¿qué generó y como afecta la creación de una problemática como la de los sicarios? Aunque no ahonda en todas estas problemáticas, surge la idea de Colombia rica en violencia, entonces, ¿por qué no volverla rica en arte? ¿Por qué no volverla literatura?

Medellín en el Epicentro de la Tormenta

Para hablar del sicario en Medellín es necesario entender a la sociedad histórica que nos presenta Fernando Vallejo en su libro, la Virgen de los sicarios. Él narrador transita las calles de Medellín, a veces de Medallo, en una intermitente vivencia dual entre la nostalgia cariñosa y el asco absoluto. La Medellín de los 90 era muestra de la caída de un sistema y sus instituciones. Pablo Escobar había creado un imperio delictivo: las calles eran como trincheras, en cualquier momento podía estallar un nuevo delito.

En Medellín se instauró una guerra contra el estado, contra los otros narcos, contra la misma ciudad. Una guerra de todos contra todos. Para esta guerra se creó un ejército especializado: el de una alta variedad de pandillas sicariales que le servían al mejor postor. Este fenómeno, tal como lo demuestra Dávila (2016), terminó por convertir a la capital antioqueña en la ciudad más peligrosa y violenta del planeta (1991).

El apogeo en Medellín de todo tipo de barbaries se dio entre (1989 - 1993). En medio de esta demanda delincuencial los muchachos llevaban la peor parte al no tener opciones. Ellos terminaban como campaneros o integrantes de milicias locales. Salazar (1990) explica muy bien esta encrucijada: el sándwich entre la falta absoluta de un futuro, el brillo rápido del dinero fácil y una cotidianidad donde los problemas sólo se arreglaban a plomo, su vida no les poseía, le poseía al que las cobrara. Matar era el día a día inevitable Vallejo, (1994) buscó plasmar en su ficción ese frío fatalismo.

El Sicariato en Medellín: Orígenes y Dinámicas

Aquellos jovencitos encargados de labores sangrientas amparados bajo un parche, mandados por un patrón, no surgieron de la noche a la mañana. La historia colombiana evidenció

cómo se pasó de “los pájaros” al sicario actual, los pájaros eran grupos de personas pagos por hacendados y terratenientes para perseguir liberales, en resumen, incluidos dentro de la guerra bipartidista en sus extremos más sangrientos, pero ellos tuvieron su fin, debido a sucesos históricos como el pacto del frente nacional (1958). Y la caída de sus jefes, incluyendo el más temido León María Lozano (alias “el rey de los pájaros”) asesinado en 1956.

Con estos grupos, el General Gustavo Rojas Pinilla gobernante de la época ordeno desmantelar todo aquello que quedara de estos grupos, pero surge la pregunta: ¿cómo se pasó de una violencia bipartidista al sicariato? La respuesta es tan terrenal como decir que es la tierra misma, me refiero a: quien acumula y posee las tierras posee estatus, posee poder, posee además recursos aprovechables como el oro o la agricultura legal e ilegal. Posee un lugar estratégico en caso de conflictos. Por eso cuando los grandes terratenientes, al despojar de sus tierras a los pequeños latifundistas, no les dejaban otra opción que buscar refugio en otras ciudades. Invadiendo y generando la creación de las comunas marginales que contienen a sus respectivos barrios periféricos.

Como los conflictos no han cesado, todo estaba dado para que hubiese un crecimiento caótico en la población de estos lugares. La institucionalidad dejó a esos jóvenes sin la cobertura social adecuada y sin un rumbo claro. Como bien documenta Salazar (1990), el dinero del narcotráfico se cruzó en sus caminos como la única salida rápida frente a un muro social invisible pero insalvable. Las mafias les ofrecieron el estatus y el sustento que el Estado les negó de manera sistemática. Ahora los grupos criminales siguieron existiendo después de la muerte del patrón. La guerrilla, los paramilitares, la inoperancia del estado impedido por la corrupción y unas leyes blandas que permite la existencia de la criminalidad.

Aún perdura esa violencia cíclica: se transforma o cambia de ejecutante. Esto se evidencia en lo que vino después de la muerte de “el gran patrón”. Don Berna era el jefe de seguridad de Galeano, quien manejaba las finanzas del cartel de Medellín. Pablo Escobar los mató porque creyó que le estaban escondiendo dinero fruto del narcotráfico. Don Berna también fue citado, pero logró escapar. Fundó los pepes y ayudó en la persecución que terminó con la muerte del capo. Los PEPES fueron conformados por antiguos miembros traicionados; además de las fuerzas estatales, el cartel del Valle que ayudó a patrocinarlos y los hermanos paramilitares Castaño. Después tomó el poder don Berna, que posteriormente se desmovilizó y fue recapturado tiempo después. En consecuencia, comenzó el ciclo nuevo en donde los lugartenientes se disputan el puesto de quien comandará.

En 1994 se publicó La virgen de los sicarios, justo después de la muerte de Escobar y en medio de una guerra de pandillas que de manera caníbal se exterminaban por el poder (Vallejo, 1994, se había hundido poco a poco en el lodo espeso de ese escenario violento. Lo escribió todo desde allí. Es un libro importantísimo para la novela del sicariato, con diversidad de temas. Para muchos considerada obra fundamental para investigar este fenómeno en la narrativa.

La Empresa Comercial del Sicario: Lógica de Mercado en la Violencia Letal

Es una empresa, donde hay un jefe, unos subjefes y unos operarios. No son productos de la rabia impulsiva, el simple hecho de “sicariar” va relacionado con la idea de un encargo, una labor. Como cualquier negocio, este entorno se rige por la oferta, la demanda, los costos de operación y las ganancias (Montoya Prada, 2009). Aunque este mercado sea confidencial, sus reglas de organización son muy parecidas a las de una empresa legal. La diferencia está en las transacciones que, ante los ojos de la moral, son cuestionables.

Características Operativas de la Empresa Sicarial

El oficio del sicario fue tecnificado y especializado. Sus destrezas eran orientadas y fortalecidas en torno a tipos de armas, el acecho a sus víctimas, tener una estrategia de huida y hacerlo todo lo más limpio posible para no dejar "huellas". Que exista este nivel de preparación demuestra que hay un mercado constante, un flujo de clientes que permite que este trabajo se vuelva una rutina pulida con el tiempo (Salazar, 2001). De esta manera la oficina cumple el equivalente a una oficina de recursos humanos, buscando a sus nuevos talentos, otorgándoles esta preparación y herramientas: armas.

Toda empresa, a su vez, tiene tarifas y gastos operativos. En la empresa del sicario la tarifa depende del grado de dificultad que tenga el encargo. No es lo mismo asesinar a una persona del común a idear un plan técnico para ejecutar a un individuo con gran poder rodeado de escoltas. El sicario tiene que premeditar cómo realizar la acción porque de ello dependerá la reputación de la oficina sicarial. Los métodos de pago son diversos: a veces se transa con mercancías como drogas, armamento o el control de ciertas zonas de la ciudad (Noboa-Larrea y Ruiz-Abril, 2020). Se podría considerar un operativo logístico que exige una serie de etapas; desde la observación detallada, el conseguir las armas y planear una ruta de escape. En este negocio clandestino se depende de la efectividad y el silencio de una banda, se construye una reputación de boca en boca que les asegura la llegada de nuevos compradores (Schlenker, 2017).

Contexto Socioeconómico

¿Qué alimenta y le da emergencia a una empresa sicarial? la respuesta está en las profundas desigualdades estructurales, la ausencia de oportunidades formales y la fragilidad del Estado de Derecho en múltiples regiones del continente (Vázquez et al., 2017). El sicariato se

vuelve una vía de obtención de ingresos rápidos y una sensación de poder que la sociedad formal les niega sistemáticamente (Noboa-Larrea y Ruiz-Abril, 2020).

Los trabajadores de esta empresa cuentan con rasgos distintivos: el perfil de los sicarios en Medellín es el de un joven que no supera los veinticinco años y que, con algo de suerte, llegará a esa edad, pero ¿por qué se escogen niños para ser sicarios? Aún hoy bajo la constitución del 91 las leyes siguen siendo muy blandas contra ciertos crímenes. Primero: estos jóvenes son instrumentos para llegar su cometido, pero son jóvenes vulnerables buscando cómo lograr una mejor vida, deslumbrados por un ascenso económico y social rápido optan por esta vía. Además, un joven es más fácil de moldear. Segundo: por su inimputabilidad legal ¿Qué es eso? Se trata de un término en la ley referente a la exoneración de responsabilidad legal si son menores de 14 años, pero de 14 a 18 años son juzgados por un sistema especial.

Este oficio tiene su propia jerarquía de índole patriarcal; en el padre se concentra la mayor autoridad. En esta estructura del crimen se establece de la siguiente manera: en la parte más alta "El patrón" él es el 'papá de los pollitos', luego seguirán los siguientes en poder, los mandos medios: son lugartenientes que ejecutan las ordenes aprobadas del jefe; por último, los operarios, los sicarios encargados de efectuar las tareas más violentas y de proteger a los de arriba.

Dentro de la estructura se conservaban pactos del estilo patriarcal. Se hace lo que dice el padre. Se informa las cosas al padre. Al padre no se le traiciona y siempre se trata de tener el mejor lazo con él. El ascenso en la misma estructura criminal reitera la idea. ¿Cómo se ascendía por ejemplo en le empresa delictiva de Pablo Escobar? La manera de hacerlo era demostrando que 'uno no se arrugaba', que era violento y determinado, que su lealtad era a prueba de todo;

además de tener eficacia en planeación en cuanto a la gestión de rutas. Con todo lo anterior se ganaba la entrada al círculo íntimo del capo.

La novela del sicario en Colombia

En este subcapítulo o segunda parte del marco histórico se hará especial referencia a los aportes de Oscar Wilson Osorio Correa, recuperados para nutrir este apartado. El sicario en la novela colombiana (2008). El autor va de lo macro a lo micro. Entre el siglo XIX y principios del XX hubo casi un centenar de novelas. En los últimos cincuenta años alrededor de 40 textos. Por lo mismo se trajo a alusión el texto de Osorio (2008) y se tomó sólo en mención una parte de este corpus narrativo. Al escoger ese corpus muchas veces hay discrepancias entre la época interior que se narra y su fecha de publicación.

Visto de otra manera, algunos críticos creen que habrá una especie de distancia que no captura del todo el fulgor del momento, o que le añadirá factores como más nostalgia. En nuestro caso se relacionará y apreciará aquellos que, dentro de su narrativa, se ubiquen en esta época de los 80 y 90 principalmente. Porque buscan construir esa representación de violencia. En el texto de Osorio (2008) se hace una cronología y se amplía además la información suficiente para entender por qué resalta cada obra. Las novelas selectas se referencian en lo siguiente:

> Desde hace algunas décadas, el sicario se hizo una realidad en Colombia. El fenómeno cobró una dimensión de espanto al final de los ochenta, durante la entronización del narcotráfico en la vida de la nación, y muy pronto fue objeto de atención en la literatura colombiana. Aunque dicha figura aparece muy marginalmente en novelas como *Coca: novela de la mafia criolla* (1977), *La mala hierba* (1981), *Leopardo al sol* (1993), *El zar* (1995), *Hijos de la nieve* (2000*), Comandante Paraíso* (2002), *Batallas en el Monte de*

> *Venus* (2003), *Angosta* (2003), *Sin tetas no hay paraíso* (2005), *El Eskimal y la Mariposa* (2005) es centro de la anécdota principal en las novelas *El sicario (1988), El pelaíto que no duró nada* (1991), *Sicario* (1991), *La Virgen de los sicarios* (1994), *Morir con papá* (1997), *Rosario Tijeras* (1999), *Sangre ajena* (2000)". (*Osorio,* 2008, p.64)

Osorio evidencia cómo escritores de varias regiones intentaron dar su visión de ese símbolo escalofriante que representa aquella crisis estatal y moral. La novela colombiana del sicariato busca reflejar una realidad, pero ¿desde qué realidad? Es ahí donde el autor Osorio (2008) en su tránsito por dar ese primer y breve vistazo a algunas novelas devela que el sicario no es una figura exclusiva de Medellín.

Los puntos marcados en el gran mapa de Colombia nos llevan a entender que las voces por representar el suceso se extienden por todo el país. Entendemos que; primero, la violencia es un eje temático de la narrativa colombiana; segundo, es una necesidad narrarla. Las siguientes obran hablan desde distintos lugares de Colombia. Se dispuso el siguiente orden cronológico, condensado además en su ciudad narrada resaltando el eje que ocupa el sicario en la narrativa:

1977 *Coca; nóvela de la mafia criolla*, ciudad narrada Cali. Rol del sicario periférico. 1981*, La mala hierba*, ciudad o más bien lugar narrado Sierra Nevada, Rol del sicario periférico. 1988, *El sicario*, ciudad narrada Cali, rol periférico. Eje central. 1991, *El pelaíto que no duró nada*, ciudad narrada Medellín, eje central. 1993, *Leopardo al sol*, ciudad o lugar narrado La Guajira, rol del sicario periférico. 1994, *La Virgen de los sicarios*, ciudad narrada Medellín, eje central. 1995, *El Zar*, ciudad narrada Pereira, rol del sicario periférico. 1997, *Morir con papá*, lugar narrado Medellín. 1999, *Rosario tijeras*, ciudad narrada Medellín, eje central. 2000, *Hijos de la nieve*, ciudad narrada Medellín, rol del sicario periférico. 2000, *Sangre ajena*, ciudades o

regiones narradas Bogotá, Medellín, la costa, eje central. 2002, *Comandante paraíso*, lugar narrado Norte del Valle, rol del sicario periférico. 2003, *Batallas en el monte de Venus*, ciudad narrada Bogotá, rol del sicario periférico. 2003, *Angosta*, ciudad narrada Medellín un tanto imaginada, rol del sicario Periférico. 2005, *Sin tetas no hay paraíso*, ciudad narrada Pereira, rol del sicario periférico. 2005, *El eskimal y la mariposa*, ciudad narrada entre Bogotá y lo nacional, rol del sicario Periférico.

De la breve síntesis anterior detallamos cosas importantes; por ejemplo, se expande la visión geográfica por la temática de la violencia. La geografía de esta narrativa no es sólo Medellín. La primera novela con un sicario como eje central narró la ciudad de Cali en 1988, *El sicario* de Mario Bahamon Dussan, como lo nombra Osorio (2008). Aunque la mayoría de la síntesis nos muestre que, tratando al sicario como eje central o no, en su mayoría sean de esta ciudad, el valor está en que no se delimita en un lugar. Eso expande las posibilidades de análisis y reflexión.

También comparto la idea de que hay una reiteración. Osorio (2008) nos dice que al sicario sólo le quedan dos salidas. En pocas palabras, en novelas como *El pelaíto que no duro nada* y *La virgen de los sicarios*, se plantean un sicario sin redención y sin salida. La muerte parece segura. Está expectante esperándolos desde la primera página. Por otro lado, Sangre ajena y Sicario abren otro camino: aquí sí hay esperanza cuando se logra renunciar a los tentáculos de la violencia. Ellos deben vivir y cargar con una vida económica bastante precaria.

Aún más adentro de las narraciones Osorio (2008) rescata a *Rosario tijeras*, en donde se evidencia cómo la ciudad normalizada, la del plan, colinda con la ciudad anómica de la loma. La discoteca se vuelve punto de encuentro, así como el narcotráfico une estos dos mundos. Los ricos

se la gozan y los marginados pagan con su vida los errores, reiterando la idea de “ajuste de cuentas”. La narrativa centrada en esta época entre los 80 y 90 hizo las veces de testigo de una Colombia convulsionada por el narcoterrorismo. Como propone Osorio (2008) al nombrar a Colombia, de esta manera no se resume a una etiqueta estética que puede caer en lo burlesco.

Es necesario entender a Colombia en esa época. Económicamente el país se enfrentaba a una apertura neoliberal en los 90. Cabe aclarar que Colombia nunca ha sido un estado perfecto ni lo será, pero es evidente que la economía y la seguridad afectó en lo social. El resultado fue la precarización del empleo:

> Con relación a la contratación temporal, la normatividad colombiana señala en el artículo 71 de la Ley 50 de 1990, que una empresa de servicios temporales es aquella que contrata la prestación de servicios con terceros beneficiarios. Dichas empresas están ubicadas dentro del derecho comercial, el cual refiere el derecho de las empresas. A las organizaciones les conviene este tipo de contratación comercial, porque disminuyen costos administrativos y no tienen que indemnizar a los trabajadores cuando toman la decisión de despedirlo sin justificación (sin justa causa). (Gómez, 2014, p. 103-116).

Al no haber condiciones dignas o simplemente no haber empleo, los jóvenes buscaban otras salidas económicas. Se dejaban deslumbrar por el mundo del narcotráfico. En este contexto social la violencia no cesaba por parte del narcoterrorismo, ni por parte de los distintos grupos armados.

En algunas de las novelas anteriores se hace alusión a ellos: ejemplos precisos, que deben mencionarse del texto de Osorio (2008) son: *El sicario* (1988) de Bahamón Dussán, en esta novela trata sobre un protagonista que pasa del ejercito a la guerrilla. Aparecen grupos violentos

como los paramilitares en *La mala hierba* (1981) el Cachaco forma "cuadrillas de hombres armados" para “proteger cultivos de coca”. En *Angosta* (2003) el personaje El Putas organiza sicarios que nutren su organización y la del paramilitarismo, comandada por Tequendama.

En cuanto a las fuerzas del estado, *El Eskimal y la Mariposa* (2005) los sicarios en relación a "organismos de seguridad del Estado colombiano o de otros países" y los escoltas del gobierno son usados para eliminar a los propios sicarios tras ejecutar los magnicidios. En esta misma novela, *Angosta* (2003), aparece una organización supraestatal llamada "los Doce Sabios". Presunta referencia a Los doce apóstoles. Esto es un ejemplo de las novelas del sicario como un espejo de la realidad del país.

Para hablar del contexto es necesario abordar su geografía, en el caso de nuestra investigación sobre La virgen de los sicarios, la ciudad de Medellín, en donde se nos muestra a la ciudad civilizada de la parte baja y la población marginal de la montaña. Donde se evidencia Metrallo, donde se evidencia la inoperancia del Estado. En textos como *No nacimos pa’ semilla* (1990) también se observa y se refuerza la idea de ese cáncer llamado corrupción, cobrando sobornos y entrando en ciertas complicidades. Por otra parte, se debe tener en cuenta el contexto cultural de Medellín.

En el auge de la empresa criminal llegó la cultura del sicario; y con ello; se influenció al pensamiento de esa época. Esto llevó a que se presentara una religiosidad traqueta. En ella no se buscaba la expiación, se buscaba la protección. Iban a la peregrinación de la virgen María Auxiliadora mientras rezaban para acabar con la vida de otro.

Es curioso cómo aparece la música en obras como *La virgen de los sicarios*. El punk, por ejemplo, es un género musical que puede plasmar la idea de estos jóvenes sobre el no futuro. El

arte como el gas que sale de esa olla a presión que convulsionó a Colombia. Abarcando lo anterior se vivía una suerte de nihilismo, donde la muerte no era sorpresa y parecía valer lo mismo que un encarguito. Como el ascenso económico y social nubló, en el caso de La virgen de los sicarios, a los jóvenes más deseosos de escapar del destino marginal que parecía estar ya dictaminado.

ANÁLISIS DEL TEXTO

La figura del sicario en *La virgen de los sicarios*

Es necesario delimitar aspectos sobre qué tipo de literatura estamos hablando, por ello se generó el debate entre conceptos adecuados donde aparecía la sicaresca o la novela del sicariato. El primer término fue surgido por Héctor Abad Faciolince y explorado o aplicado por Jácome, M. (2010). Referencia a distintas obras donde hace presencia la figura del sicario. Este término encierra a un grupo de novelas enfocadas en territorio antioqueño y compara entre la figura del pícaro y la figura del sicario, dando origen a la sicaresca. El segundo término existe como otro enfoque para estas novelas. Según Osorio (2013) sería la novela del sicariato, ya que no se limita a una etiqueta burlesca y tiene más objetividad. De esta manera se puede partir desde muchas más narrativas. Es una manera de definir ese corpus, término con la cual concuerdo.

Osorio (2013) cita a Faciolince (2008) expresa una especie de acogida y auge de estas novelas, pero cuestiona la visibilización de esta estética relacionándola como de "mal gusto [,] es un vicio nacional". En una entrevista posterior Faciolince daría características relacionadas con la picaresca. Como ejemplo, la primera persona o la visión con cierta benevolencia hacia los personajes. Osorio (2013) argumenta, tomando otras novelas con narradores en tercera persona como El sicario y Morir (una diferencia). Otro argumento es la identificación con el narrador. En la novela sobre sicarios hay una distancia entre el que narra como moralmente superior. En la picaresca, la narración autobiográfica enfatiza en la identificación entre narrador y pícaro. Todo ello tratando de relacionar al pícaro y al sicario para dar origen a la sicaresca, idea que se queda corta como se evidencia anteriormente.

No existe una relación concreta ni se emplea el mismo mecanismo de funcionamiento en la novela del sicariato debido a que este término abarca un corpus más amplio. Este concepto no relaciona al sicario con otra figura como el pícaro ni genera un juicio estético burlesco para un corpus literario que puede ser enmarcado desde un rigor más objetivo. Por lo tanto, situaré la obra La virgen de los sicarios dentro de la novela del sicariato, que el autor define como:

> Las novelas cuya anécdota se construye teniendo como eje central las peripecias del sicario y/o del fenómeno del sicariato pertenecen a este corpus. Dicho de otro modo, entiendo por novela del sicario (o del sicariato) aquella cuyo protagonista es sicario y cuya trama se estructura sobre las acciones de ese personaje y/o del entorno del sicario. (Osorio, 2013, p.46)

Ahora que se determinó desde qué apartado de la literatura se examinará la obra, me resulta pertinente el responder: ¿Por qué surgió una narrativa colombiana en torno al sicario? Debemos situarnos geográficamente en Colombia, no limitarnos al corpus de la sicaresca localizado en Antioquia. Además, surgieron narrativas que transcurren en Cali, Bogotá, etc.

Durante 1980 y 1990 se vivió un periodo de narcotráfico, violencia extrema y descomposición social. Este es precisamente el tiempo en que se encuentra la relación entre la realidad y el mundo narrado. Existe una distorsión entre ambos que se refleja en la narración. Por lo tanto, para distintos escritores surgió una necesidad de testimoniar todo aquello que genera la exclusión de la institucionalidad.

En la novela *La virgen de los sicarios*, el entorno, la sociedad y la herencia violenta fueron el caldo de cultivo perfecto para la generación de los sicarios. Así lo define Fernando: “Mis conciudadanos padecen de una vileza congénita, crónica. Ésta es una raza ventajosa,

envidiosa, rencorosa, embustera, traicionera, ladrona: la peste humana en su más extrema ruindad" (Vallejo, 1994, p.27-28). Además de la historia violenta del nacimiento de las comunas, se describe como ciclos que se repiten:

> Y tanto, que en las comunas sólo quedan niños, huérfanos. Incluyendo a sus papás, todos los jóvenes ya se mataron. ¿Y los viejos? Viejos los cerros y Dios. Cuánto hace que se murieron los viejos, que se mataron de jóvenes, unos con otros a machete, sin alcanzarle a ver tampoco la cara cuartiada a la vejez. A machete, con los que trajeron del campo cuando llegaron huyendo dizque de "la violencia" y fundaron estas comunas sobre terrenos ajenos, robándoselos, como barrios piratas o de invasión. De "la violencia". . . ¡Mentira! La violencia eran ellos. Ellos la trajeron, con los machetes. De lo que venían huyendo era de sí mismos. Porque a ver, dígame usted que es sabio, ¿para qué quiere uno un machete en la ciudad si no es para cortar cabezas? No hay plaga mayor sobre el planeta que el campesino colombiano, no hay alimaña más dañina, más mala. Parir y pedir, matar y morir, tal su miserable si no. Los hijos de estos hijos de mala madre cambia ron los machetes por trabucos y changones, armas de fuego hechizas, caseras, que los ñeros a su vez, modernizándose, cambiaron por revólveres que el Ejército y la Policía les venden para que con el aguardiente que fabrican las Rentas Departamentales se emborrachen y se les salgan todos los demonios y con esos mismos revólveres se maten. (Vallejo, 1994, p. 83-84)

Ya teniendo un contexto histórico tanto real como narrativo, es preciso ante esta novela *La virgen de los sicarios* detallar sobre su narrador de tipo auto diegético. Él es quien nos guía en primera persona por los sucesos que le van ocurriendo y muestra cómo los percibe o cómo

reacciona a ellos. Su narración funciona como un monólogo del personaje en la ciudad de Medellín. La historia tiene un ritmo narrativo acelerado y fragmentado en donde el orden de la historia es narrado en pretérito (sucesos que ya ocurrieron) y lo turna con un presente atemporal (sale de la escena para dar su apreciación). Fernando, para introducirnos desde un inicio a esa nostalgia de todo lo que ya no existe, evoca el pasado:

> Había en las afueras de Medellín un pueblo silencioso y apacible que se llamaba Sabaneta. Bien que lo conocí porque allí cerca, a un lado de la carretera que venía de Envigado, otro pueblo, a mitad de camino entre los dos pueblos, en la finca Santa Anita de mis abuelos, a mano izquierda viniendo, transcurrió mi infancia. Claro que lo conocí. Estaba al final de esa carretera, en el fin del mundo. (Vallejo, 1994, p.7)

Valiéndose de distintas herramientas narrativas como el flashback (analepsis) que interrumpen el tiempo narrativo principal desde la primera hoja de la narración, Fernando muestra la visión de la finca Santa Anita, la de sus abuelos; y en esa visión, crea una imagen de un globo en su infancia, mismo globo que relaciona con el color de la sangre que derramo Jesús y que derramará Colombia. Es una interesante introducción a todo el derramamiento que vendrá posteriormente:

> A él está consagrada Colombia, mi patria. Él es Jesús y se está señalando el pecho con el dedo, y en el pecho abierto el corazón sangrando: goticas de sangre rojo vivo, encendido, como la candileja del globo: es la sangre que derramará Colombia, ahora y siempre por los siglos de los siglos amén. (Vallejo, 1994, p.7-8)

La nostalgia se presenta en la figura del abuelo de Fernando y los contrastes entre la Medellín antigua y la Medellín contemporánea dentro de la narración, debatiéndose muchas

veces entre el odio y/o repudio por lo actual y la nostalgia de su ciudad idílica, aquella a la nunca podrá volver.

En distintas ocasiones también usa el presente atemporal en un tono cínico para introducir opiniones o diatribas sobre la muerte. Se evidencia en la explicación sobre qué es un sicario. Fernando no da por hecho que se sabe qué es, lo resalta para hacer entender con quién comenzará a vivir dentro de la narración de su historia:

> Ustedes no necesitan, por supuesto, que les explique qué es un sicario. Mi abuelo sí, necesitaría, pero mi abuelo murió hace años y años. Se murió mi pobre abuelo sin conocer el tren elevado ni los sicarios, fumando cigarrillos Victoria que usted, apuesto, no ha oído siquiera mencionar. Los Victoria eran el basuco de los viejos, y el basuco es cocaína impura fumada, que hoy fuman los jóvenes para ver más torcida la torcida realidad, ¿o no? Corríjame si yerro. Abuelo, por si acá so me puedes oír del otro lado de la eternidad, te voy a decir qué es un sicario: un muchachito, a veces un niño, que mata por encargo. ¿Y los hombres? Los hombres por lo general no, aquí los sicarios son niños o muchachitos, de doce, quince, diecisiete años. (Vallejo, 1994, p.9)

El narrador también hace uso de la elipsis, en la cita anterior, donde se omiten palabras, periodos de tiempo o eventos que se sobreentienden por contexto. Un claro ejemplo de ello es cuando omite todo lo que paso antes de volver: “Mi abuelo murió hace años y años. Se murió mi pobre abuelo sin conocer el tren elevado ni los sicarios. . . yo aquí no estaba, yo volví después, años y años, décadas, vuelto un viejo, a morir” (Vallejo,1994, p.9). La elipsis se usa en cuanto a la muerte. Si recorres lo sucedido en la novela muchas veces, se salta el luto, no se le da una importancia suficiente.

Es por ello que se debe citar una frase que condensa una constante en la sociedad en general y que es lo que aprecia el narrador: “la fugacidad de la vida humana a mí no me inquieta; me inquieta la fugacidad de la muerte: esta prisa que tienen aquí para olvidar. El muerto más importante lo borra el siguiente partido de fútbol” (Vallejo, 1994, p.39). La idea de elipsis es usada para evidenciar ese frenesí en el tiempo, como si todo fuera a ocurrir de inmediato. Al final de la novela, para demostrar cómo se repite el ciclo de la violencia, me refiero al salto rápido entre un amante y el reemplazo del fallecido. La historia se divide entre esos dos amantes, donde Alexis muere y Wilmar rápidamente aparece a los días:

> Yendo por la carrera Palacé entre los saltapatrases, los simios bípedos, pensando en Alexis, llorando por él, me tropecé con un muchacho. […] Le pregunté que para dónde iba y me contestó que para ninguna parte. […]Mientras almorzábamos los dos faquires le pregunté su nombre: ¿Se llamaba Tayson Alexander acaso, para variar? Que no. ¿Y Yeison? Tampoco. ¿Y Wílfer? Tampoco. ¿Y Wílmar? Se rió. ¿Que cómo lo había adivinado? Pero no lo había adivinado, simplemente eran los nombres en boga de los que tenían su edad y aún seguían vivos. (Vallejo, 1994, p.90-91)

En cuanto al tono que maneja el escritor, en su mayoría es de repudio y en ocasiones iconoclasta por su rechazo a imágenes sagradas. En la novela hay un rechazo en general por las instituciones. Por ello usa algunas figuras narrativas que exaltan, aumentan el impacto de su narrativa y otras para contrastar o suavizar el tono. El autor, que a veces se mimetiza con el narrador, busca sacudir al lector. Usa ciertas figuras narrativas para tal fin; por ejemplo, el símil: "aquí los sicarios son niños o muchachitos, de doce, quince, diecisiete años, como Alexis, mi amor: tenía los ojos verdes, hondos, puros, de un verde que valía por todos los de la sabana”

(Vallejo. 1994, p.9). En un lenguaje más coloquial: “Sin televisor Alexis se quedó más vacío que balón de fútbol sin patas que le den, lleno de aire” (Vallejo, 1994, p.51).

Otra figura literaria presente es la metáfora, en ella difiere del símil al no utilizar el conector “como” o “parecido”. La metáfora relaciona un concepto con otro directamente: “Creemos que existimos, pero no, somos un espejismo de la nada, un sueño de basuco” (Vallejo, 1994, p.79). También aparece la figura narrativa de la hipérbole, que es una exageración desmesurada de algo: “el país más criminal de la tierra. Y Medellín la capital del odio” (Vallejo, 1994, p.10). Se pueden encontrar también antítesis o contradicción de dos términos o sentidos: "Uno en las comunas sube hacia el cielo, pero bajando hacia los infiernos” (Vallejo, 1994, p.29). O el oxímoron que une dos palabras de sentido contradictorio: “jóvenes asesinos asesinados, exentos de las ignominias de la vejez por escandaloso puñal o compasiva bala” (Vallejo, 1994, p.11). *La virgen de los sicarios* posee varias figuras literarias con un fin retador y dan evidencia del repudio que quiere expresar el narrador.

Además de la ironía que se percibe en algunas ocasiones, rescato este fragmento ante la corrupción del aparato judicial: “Los mejores escritores de Colombia son los jueces y los secretarios de juzgado, y no hay mejor novela que un sumario” (Vallejo, 1994, p.116). En pocas palabras explica el uso de la mentira elaborada de la justicia, para bien o para mal meten cuento. No deja de ser una institución que ha perdido todo carácter de veracidad.

El narrador es autodiegético, narra él mismo desde el personaje en primera persona y eso ayuda a sentirse más afín con lo narrado. Nos sumergimos en lo que va sucediendo. El tono que utiliza el narrador fluctúa. Puede ser desde un nihilista absoluto o la vida como carente de significado o propósito: “No señor, o sí señor, aquí la vida humana no vale nada” (Vallejo, 1994,

p.39) Puede ser cínico, actuar con descaro y con desconfianza de los valores, juzgar lo que se ve: "«Aquí te regalo esta belleza –me dijo José Antonio cuando me presentó a Alexis, que ya lleva como diez muertos». Alexis se rió y yo también y por supuesto no le creí, o mejor dicho sí" (Vallejo, 1994, p10). Aunque predominan los tonos anteriores, también se observa un tono rabioso contra lo religioso: "Era la peregrinación de los martes, devota, insulsa, mentirosa. Venían a pedir favores. ¿Por qué esta manía de pedir y pedir? Yo no soy de aquí. Me avergüenzo de esta raza limosnera" (Vallejo, 1994, p.15). Escoge este tipo de tono narrativo porque quiere bombardearnos de esas imágenes y evidenciar tanto la violencia como el mal funcionamiento de las instituciones.

Fernando también toma otra postura; o más bien, otro tono con los sicarios. A veces un lirismo suave y compasivo, a veces apasionado, a veces tierno. Ve pureza en un ser malo. Es de considerar que aprecia la juventud y detesta la vejez: "Alexis, mi amor: tenía los ojos verdes, hondos, puros, de un verde que valía por todos los de la sabana. Pero si Alexis tenía la pureza en los ojos tenía dañado el corazón" (Vallejo, 1994, p.9).

En este monologo que propone Fernando narrador, volvemos a algo ya nombrado anteriormente, Fernando es el "ganador" de la historia. Él perdió a sus amores Alexis y Wilmar, curiosamente en un ciclo repetitivo. Pero es un ganador, él supera a la misma muerte, lo quiera o no. Tiene dinero y status que le permiten entrar y salir de Medellín y de Medallo. Aunque su victoria es pírrica, se consigue a costa de la muerte de sus muchachos. Parece que perdió más de lo que ganó, aun así, resulta ganador. Surge una pregunta ¿sin el haber sobrevivido, habría historia que narrar? La respuesta es no. Por omisión de vivencias entre su infancia y la vejez, los

múltiples juicios críticos que ofrece, probablemente el texto sería de otro tipo. Si lo narrara alguno de los sicarios sería más testimonial como en *No nacemos pa' semilla*.

Menciono a los sicarios como posibles narradores porque son los personajes que más estuvieron involucrados en los sucesos vividos por el narrador. Fernando a su vez hace las veces de juez supremo: "Éste a pedirle cuentas, sigamos ajustándoselas a nuestros paisanos de aquí abajo. Después de los dos sicarios de Aranjuez con moto ¿quién siguió? ¿Siguió la empleada grosera, o el taxista altanero?" (Vallejo, 1994, p.47). Al parecer, el sicario es el contraste a lo que él es: Fernando es culto y letrado, tiene el léxico formal y académico, es el último gramático. Pero el sicario usa el parlache. Él, Fernando, es viejo, el sicario joven. Ambos aparecen contrapuestos. Si Ferando "quisiera matar", no lo puede hacer: "Alexis, mi niño, me acompaña. He dejado de ser uno y somos dos: uno solo inseparable en dos personas distintas. Es mi nueva teología de la Dualidad" (Vallejo, 1994, p.54). Hasta este punto se ha determinado qué corpus abarca la obra, cuál es su tipo de narrador y qué herramientas narrativas se usan para expresarlo, es momento de entrar en la construcción de la figura del sicario.

¿Ángel o Verdugo, qué paradoja? (Dimensión Íntima y Humana)

Se busca relacionar la reconstrucción del personaje desde la imagen propuesta por Vallejo para tener una idea que nos enlace con la misma narrativa. Estas imágenes sirven para crear contrastes; ejemplo de ello es, la juventud del sicario y la vejez de Vallejo:

Reconstrucción Física del Sicario

El sicario se describe en la novela como un muchachito, a veces un niño entre 12 y 17 años. Mayormente eran niños: "Alexis, mi amor: tenía los ojos verdes, hondos, puros, de un verde que valía por todos los de la sabana. Pero si Alexis tenía la pureza en los ojos tenía dañado

el corazón" (Vallejo, 1994, p.9). Pero nos profundiza aún más en la imagen con una relación que se puede rastrear y hacernos una idea aún más precisa del personaje. Fernando en su primer encuentro con Wilmar lo confunde con el fallecido Alexis:

> Wilmar entró a comprar los pasteles y yo me quedé afuera con La Plaga conversando. Entonces me hizo el reproche, que por qué andaba con el que mató a Alexis. "Por qué dices eso, niño tonto —le contesté—. ¿No ves que yo ando con Wílmar y a Alexis lo mató La Laguna Azul?" "Wílmar es La Laguna Azul" […] ¿Que por qué lo llamaban así, con ese apodo tan absurdo? le pregunté por preguntar, por decir algo, por seguir hablando sin pensar, y me contestó que porque se parecía al muchacho de esa película. (Vallejo, 1994, p.112)

La construcción visual del personaje continua con más detalle, hablando de la vanidad y el uso de joyas normalmente atribuidas al sexo opuesto, esto en relación con el mismo Wilmar:

> Los muchachos son tan vanidosos como las mujeres y más insaciables de ropa. Y de un tiempo a esta parte les ha dado por ponerse en el lóbulo de una oreja (pero no sé si en el de la derecha o en el de la izquierda) un arete. (Vallejo, 1994, p.98)

Además del arete en el lóbulo, aparecen tres accesorios que usan los sicarios en la novela, tres rosarios, estos objetos referencia la religiosidad utilitaria:

> Le quité la camisa, se quitó los zapatos, le quité los pantalones, se quitó las medias y la trusa y quedó desnudo con tres escapularios, que son los que llevan los sicarios: uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que les den el negocio, para que no les falle la puntería y para que les paguen. (Vallejo, 1994, p.16)

También se evidencia en la Novela otra de sus características, precisamente en los gustos de vestuario y otros objetos que anhelaba Wilmar. Estas prendas son vistas como objetos de estatus que elevan al personaje: "Que quería unos tenis marca Reebock y unos jeans Paco Ravanne. Camisas Ocean Pacific y ropa interior Kelvin Klein. Una moto Honda, un jeep Mazda, un equipo de sonido láser y una nevera para la mamá: uno de eso" (Vallejo, 1994, p.91). Otra de las características de estos jóvenes sicarios es el gusto por la música estruendosa, como si se deleitaran en el caos, igual que viven dentro de este. Así lo dijo Alexis:

> "¿Aquí no hay música?" Le compré una casetera y él se compró unos casetes. Una hora de estrépito aguanté. "¿Y tú llamas a esta mierda música?" Desconecté la casetera, la tomé, fui a un balcón y la tiré por el balcón: al pavimento fue a dar cinco pisos abajo a estrellarse, a callarse. (Vallejo, 1994, p.17-18)

Hasta este punto ya se tiene una idea física del sicario; además de algunos gustos que se repiten en los dos amantes sicarios. Surge una pregunta precisa: en qué se diferencia a muchas otras obras del sicariato, ¿Por qué el narrador y sus sicarios son Homosexuales? ¿Cómo ocurre este tipo de relación en una sociedad tan prejuiciosa como la colombiana? Es gracias a este prejuicio que el autor busca una subversión del género. Es decir, que contradice las ideas tradicionales de un sicario como macho. Fusiona en un sólo personaje el sicariato y la homosexualidad. Vallejo desafía instituciones como la familia tradicional o iglesia y su mentalidad anti hemeroteca. Por esta y distintas críticas al sistema, la novela es reconocida, dándole aún más visibilidad a esa subversión.

Lo anterior se evidencia durante varios fragmentos del libro. El tono del narrador cambia mucho si habla del sicario. Usa un lirismo: una suavidad muy contrastada a sus criticas de diferentes indoles:

> Ver a mi niño desnudo con sus tres escapularios me ponía en delirium tremens. Ese angelito tenía la propiedad de desencadenarme todos mis demonios interiores, que son como mis personalidades: más de mil. […] La pelusita del cuerpo a la luz del sol daba visos dorados. . . Vístete mi amor no te vayas a resfriar y vámonos a la Avenida Jardín a comernos una pizza. (Vallejo, 1994, p.26).

Esta actitud en el lenguaje se repite: "Alexis empezó a desvestirme y yo a él; él con una espontaneidad candorosa, como si me conociera desde siempre, como si fuera mi ángel de la guarda" (Vallejo, 1994, p.12). Lo mismo ocurre no solo con el cuerpo, también con rasgos que se desprenden del personaje como la forma de escribir: "Tenía la letra más excitante y arrevesada que he conocido: alucinante que es como en última instancia escriben los ángeles que son demonios" (Vallejo, 1994, p.45).

Esta actitud en oposición a lo sacro lleva a Fernando incluso a llenar vacíos como el de Dios, elevando a grado de divinidad a su ángel exterminador: "Alexis, por lo visto, no requería de mi presencia. Yo sí de la de él, en ausencia de Dios. Vagando por Medellín, por sus calles, en el limbo de mi vacío por este infierno" (Vallejo, 1994, p.23). Se crea un fuerte contraste con los múltiples asesinatos que me di a la tarea de recopilar en la obra, con el fin de evidenciar la saturación estética como lo describe Ilse Logie y Brigitte Adriaensen (2010). Lo definiría como "la narrativa del exceso". Aunque la recopilación es extensa, es una prueba de lo anterior.

A continuación, una serie de asesinatos y su causa, al paso de ambos sicarios en la historia; ángeles y verdugos:

Lo que Fernando supo de Alexis antes de comenzar sus asesinatos: “De los muertos de Alexis, cinco fueron gratis, por culebras propias; y cinco pagados, por culebras ajenas” (Vallejo, 1994, p.35).

La plaga es otro sicario introducido para dar a luz la idea de predestinada muerte y que, desde su maldad, aun estando muerto buscará repetir el ciclo de violencia. Él sabe que en ese mundo sólo causará y le esperará la muerte, aún después de muerto dejará a otros encargados de ella. Lo cuenta Fernando cuando dijo que su aventura no progreso: “me dijo que tenía novia y que la pensaba preñar pa tener un hijo que lo vengara”. (Vallejo, 1994, p.35).

El sicario para sus encargos es frío y Fernando es indiferente, acto seguido de esta cita lo invita a almorzar como si no sucediera nada: “Los próximos muertos de Alexis fueron tres soldados. Íbamos por el parque de Bolívar, el principal, cuando los vimos de lejos en una requisa” (Vallejo, 1994, p.37).

La muerte como silencio a la grosería: “El próximo muertico de Alexis resultó siendo un transeúnte grosero: un muchachote fornido, soberbio, malo que es lo que es esta raza altanera” (Vallejo, 1994, p.40).

La muerte contra el ruido y la grosería vuelve a aparecer. El taxista ruidoso que los trató groseramente y los bajó del taxi: “Alexis por la izquierda: por la izquierda, por su occipital o huesito posterior, trasero, le entró el certero tiro al ofuscado, al cerebro, y le apagó la ofuscación” (Vallejo, 1994, p.47-48).

La mala atención como causa de la muerte:

Eva, la empleada de la cafetería: murió de un tiro en la boca. Cuando nos tiró el café la delicada, porque le pedimos una servilleta entera y no esos triangulitos de papel minúsculos con los que no se limpia ni la trompa una hormiga. (Vallejo, 1994, p.49)

La muerte de tres defensores de un "gamincito":

Para cada uno en la frente los fulminó. ¿A los tres? No bobito, a los cuatro. Al gamincito también, claro que sí, por supuesto, no faltaba más hombre. A esta gonorreíta tierna también le puso en el susodicho sitio su cruz de ceniza y lo curó, para siempre, del mal de la existencia. (Vallejo, 1994, p.55)

La muerte del mimo. La causa de la muerte, burlarse del desprotegido:

Cuando nos bajamos del taxi estaba remedando a un pobre señor honorable, uno de esos seres antediluvianos, desamparados, que aún quedan en Medellín para recordarnos lo que fuimos y lo que ya no somos más y la magnitud del desastre. Al darse cuenta de lo que pasaba y que era el hazmerreír del corrillo, el señor se detuvo avergonzado sin saber qué hacer. Y el mimo detenido sin saber qué hacer. Entonces el ángel disparó. (Vallejo, 1994, p65-66)

Acto seguido de la anterior escena matan a alguien del corillo por defenderlo, no sólo se mata quien perturba la paz o se burla del desprotegido, también a quien lo defiende: "Eh, qué desgracia, aquí ya no dejan ni trabajar a los pobres". Fue lo último que comentó porque lo oyó el ángel, y de un tiro en la boca lo calló" (Vallejo, 1994, p.66).

Uno más, en ese mismo parque, otro burletero de la religión ajena, realmente. “roñas zafias que abundan en Medellín y que creen que la única verdad es la suya, la católica cerrazón del puñal y del basuco” (Vallejo, 1994, p.66).

Luego Alexis, o ángel exterminador, por su juventud, por su belleza, pero a la vez por su calidad de verdugo mata a un grupo y la causa de la muerte es lo más nihilista posible banalizando la muerte en esa apocalíptica ciudad:

Y a seis que bebían en una cantinucha que se prolongaba con sus mesas sobre la acera, de un tiro para cada uno en la frente les apagó la borrachera, la "rasca". ¿Y esta vez por qué? ¿Por qué razón? Por la simplísima razón de andar existiendo. ¿Les parece poquito? (Vallejo, 1994, p.67).

Porque miró feo a Fernando y fue grosero: “El vivo muerto era el joven guardián de una tumba, y la tumba un mausoleo-discoteca con casetera sonando a todas horas para entretener en su vacío eterno, esencial, a una temible familia de sicarios” (Vallejo, 1994, p.71).

Dos niños peleaban y un grupo los coreaba, el sicario los mató a todos seis, probablemente por que generaban desorden o ruido:

> Como la única forma de acá bar con un incendio es apagándolo, de seis tiros el ángel lo apagó. Seis cayeron, uno por cada tiro; seis que eran los que tenía el tambor del rote: cuatro de los especta dores y mánagers, y los dos promisorios púgiles. (Vallejo, 1994, p.72)

Por la explotación animal:

> Al oírse llamar como dije el carretillero miró, y así, al volver la cabeza, le quedó en posición perfecta para Alexis, quien con un tiro en la frente me le remarcó lo dicho y como quien dice le tomó la foto. El carretillero cayó al pavimento. (Vallejo, 1994, p.75)

El taxista que los llevaba y desde donde dispararon también fue asesinado por ser testigo: "siguió el mismo camino del conductor de carretas, en caída libre rumbo a la eternidad como quien baja sin frenos por la pendiente de Robledo. Le aplicamos su marquita frontal visto que nos quedó conociendo" (Vallejo, 1994, p.75).

El supuesto número de asesinatos cometidos por Alexis: "Cuando Alexis llegó a los cien definitivamente perdí la cuenta" (Vallejo, 1994, p.76). Fernando hace una comparación respecto al número de muertos de Alexis con liberales y conservadores, dando a entender que el sicario representa otro actor semejante en la violencia colombiana: "se despachó a muchos menos que el bandolero liberal Jacinto Cruz Usma "Sangrenegra", que mató a quinientos, pero a bastantes más que el bandolero conservador Efraín González, que mató a cien" (Vallejo, 1994, p.76).

El único muerto que tuvo Vallejo fue un perro y el sicario no pudo matarlo, no era un encargo, era un dilema vital, un ser ajeno al repudio hacia la humanidad:

> Entonces le saqué el revólver del cinto, puse el cañón contra el pecho del perro y jalé el gatillo. La detonación sonó sorda, amortiguada por el cuerpo del animal, cuya almita limpia y pura se fue elevando, elevando rumbo al cielo de los perros que es al que no entraré yo porque soy parte de la porquería humana. (Vallejo, 1994, p.78)

Cuando Alexis es asesinado, se puede ver cómo sus propios símbolos se vuelven contra él, irónicamente el asesino llevaba un escapulario, para la puntería:

> ¡Cuidado! ¡Fernando!" alcanzó a gritarme Alexis en el momento en que los de la moto disparaban. Fue lo último que dijo. . . Alcancé a ver al muchacho de atrás de la moto, el "parrillero", cuando disparó: le vi los ojos fulgurantes, y colgando sobre el pecho, por la camisa entreabierta, el escapulario carmelita. (Vallejo, 1994, p.78-79)

Con la muerte de Alexis, Fernando se sumerge en la nostalgia. Fueron 7 meses que vivió con él: “a pedirle a Dios que se acordara de mí y me mandara la muerte” (Vallejo, 1994, p.81-82). La figura del verdugo cambia, aunque sus similitudes llevan a creer que cumplen la misma función. Aparece un nuevo joven, su nombre es Wilmar:

> Mientras almorzábamos los dos faquires le pregunté su nombre: ¿Se llamaba Tayson Alexander acaso, para variar? Que no. ¿Y Yeison? Tampoco. ¿Y Wílfer? Tampoco. ¿Y Wílmar? Se río. ¿Que cómo lo había adivinado? Pero no lo había adivinado, simplemente eran los nombres en boga de los que tenían su edad y aún seguían vivos. (Vallejo, 1994, p.91)

Es así como Wílmar repite el pacto. Ante cualquier molestia o amenaza defiende la integridad de su patrón y complace sus ideas: y ¿Por qué patrón? Él le compra cosas y le suple parte de sus deseos.

Ambos sicarios causan diferentes muertes, en diferentes circunstancias, un ejemplo de Wilmar ante el fastidio de Fernando: “Iba un hombre por Junin detrás de mi silbando. Detesto, pero detesto que la gente silbe. No lo tolero. Lo considero una afrenta personal” (Vallejo, 1994, p.98).

En ambos sicarios se repite el destino que evidencia el ciclo de venganza y muerte:

> Entonces lo vi, sobre una de esas mesas, uno más entre esos cuerpos inertes, fracasos irremediables. Ahí estaba él, Wílmar, mi niño, el único. Me acerqué. […] Ahí estaba él, Wílmar, mi niño, el único. Me acerqué y tenía los ojos abiertos. No se los pude cerrar por más que quise: volvían a abrírsele como mirando sin mirar, en la eternidad. (Vallejo, 1994, p.118)

Con lo anterior se pueden evidenciar una anotación precisa, los sicarios son amantes y verdugos al mismo tiempo, a su vez el narrador y el sicario, representan la juventud y la vejez, lo letrado y lo analfabeta, lo pensado y lo ejecutado, y son introducidos como homosexuales para subvertir el género, desafiando a las instituciones y rompiendo con el estereotipo de sicario macho, y en ese choque de conceptos, en esa saturación constante de imágenes crudas, es donde pueden surgir las dudas morales.

Ahora cabe aclarar algo mas ¿Cuál es la relación de Fernando y los sicarios? La relación de los dos amantes sicarios con Fernando es del tipo amorosa, pasional, y cómplice. Pero también es su nuevo patrón mediante un pacto implícito, Fernando es aquel que le suple sus gustos, su comida, y al tener este tipo de relación los sicarios cada uno en su respectivo momento le ofrecen compañía, protección, y siendo ambos un refugio y un escape ante un mundo apocalíptico, para Fernando Alexis-Wilmar, perdón, su “ángel exterminador”, que perfectamente cumple con las condiciones; ángel y verdugo.

Aquel ángel y verdugo también tiene relación con lo religioso, pero la religión para él no es una forma de expiar sus pecados o reivindicarse, no se trata de fe clásica, sino desprovista de moral, él ni siquiera se agobia por sus crímenes, porque para dar estos juicios ya está Fernando

que igual los justifica por repudio a la humanidad, y aquel joven sicario banaliza la muerte y sólo lo ve como un encargo. Por ello es preciso nombrar aquellos símbolos de sincretismo religioso:

Los tres escapularios en el joven desnudo, la primera muestra de fe como utilidad, precisamente para ejecutar una muerte, un tanto contradictorio si se ve desde la moral tradicional:

> [Y] quedó desnudo con tres escapularios, que son los que llevan los sicarios: uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que les den el negocio, para que no les falle la puntería y para que les paguen. (Vallejo, 1994, p.16)

El rito de las balas rezadas, este es uno de los más gráficos, y por su explicación tan clara, es de los fragmentos que más atrapa. Aquí hay una inversión de valores, rezar un objeto para matar:

> Las balas rezadas se preparan así: Pónganse seis balas en una cacerola previamente calentada hasta el rojo vivo en parrilla eléctrica. Espolvoréense luego en agua bendita obtenida de la pila de una iglesia, o suministrada, garantizada, por la parroquia de San Judas Tadeo, barrio de Castilla, comuna noroccidental. El agua, ben dita o no, se vaporiza por el calor violento, y mientras tanto va rezando el que las reza con la fe del carbonero: "Por la gracia de San Judas Tadeo (o el Señor Caído de Girardota o el padre Arcila o el santo de tu devoción) que estas balas de esta suerte consagradas den en el blanco sin fallar, y que no sufra el difunto. Amén". ¿Que por qué digo que con la fe del carbonero? Ah yo no sé, de estas cosas no entiendo, nunca he rezado una bala. Ni nadie, nadie, nadie me ha visto hasta ahora disparar. (Vallejo, 1994, p.63)

La peregrinación al Santuario de Sabaneta, van a pedir que los protejan de las balas, de los policías, y que bendiga sus encargos: “Era la peregrinación de los manes, devota, insulsa, mentirosa. Venían a pedir favores. ¿Por qué esta manía de pedir y pedir? Yo no soy de aquí. Me avergüenzo de esta raza limosnera” (Vallejo, 1994, p.15).

La virgen de los sicarios, que realmente es la virgen María Auxiliadora, va de la mano de la cita anterior, y es el nombre de la novela. Se trata de un elemento religioso transgredido. Un referente de la religiosidad utilitaria:

> ¿Qué le pediría Alexis a la Virgen? Dicen los sociólogos que los sicarios le piden a María Auxiliadora que no les vaya a fallar, que les afine la puntería cuando disparen y que les salga bien el negocio. ¿Y cómo lo supieron? ¿Acaso son Dostoievsky o Dios padre?”. (Vallejo, 1994, p.15-16)

Uno de los aportes más controversiales es la evasión de responsabilidad a la que somete Fernando a los sicarios, supongo con un propósito narrativo, de defender la inocencia. Esa imagen de ángeles que tiene el de ellos. “Que se confesara de ellos el que los mandó matar. De ése era el pecado, no de él que simplemente estaba haciendo un trabajo, un "camello"” (Vallejo, 1994, p.32).

La Lengua de la Intemperie: El Parlache como Identidad (Dimensión Lingüística)

¿Qué es y por qué era necesario introducir el parlache en la virgen de los sicarios? El parlache es un sociolecto. Hay una definición demasiado rescatable de su significado:

> El parlache es una variedad dialectal que utilizan la mayoría de los jóvenes de la ciudad de Medellín y de su Área Metropolitana, pertenecientes a los estratos uno, dos y tres. Surge y se desarrolla en estos sectores, como una de las respuestas que los grupos sociales excluidos dan a los otros sectores de la sociedad que los margina. Por esto, es un dialecto claramente diferenciador de los procesos de comunicación, y sólo los hablantes auténticos, los que se reconocen como habitantes de estos sectores y como hablantes del parlache o conocen ampliamente el contexto lingüístico donde opera esta variedad dialectal pueden comunicarse con propiedad utilizando el parlache. Podemos afirmar, entonces, que es una variedad diastrática. (Castañeda, 2005, p.78)

El parlache refuerza el realismo del relato. Fernando explica casi todas las palabras, al mencionarlas, y no resulta incómodo o pausado al lector. Alrededor de la obra cabe rescatar los siguientes ejemplos:

¡Gonorreas! (Gonorrea es el insulto máximo en las barriadas de las comunas). Con "el pelao'", "mi niño" significaba el muchacho; con "la pinta esa" el atracador; (Vallejo, 1994, p.20). Un ejemplo: "¿Entonces qué, parce, vientos o maletas?" ¿Qué dijo? Dijo: "Hola hijo de puta". Es un saludo de rufianes. (Vallejo, 1994, p.24). Chumbimba. (bala) (Vallejo, 1994, p.24). "Tocaba abrirse" (huir) (Vallejo, 1994, p.24). El fierro es el revólver. (Vallejo, 1994, p.25). Quebrar, o "Yo te lo quiebro" (yo te lo mato). (Vallejo, 1994, p.25). Una "mano de changón" en su barrio. Era una escopeta a la que le recortaban el tubo, me explicó mi niño (Vallejo, 1994, p.25). El "muñeco" por si usted no lo sabe, por si no los conoce, es el muerto (Vallejo, 1994, p.27). "Chichipato" quiere decir en las comunas delincuente de poca monta, raticas, eso. Como "usted o yo no puede subir a esos barrios sin la escolta de un batallón: lo "bajan" [lo matan]. ¿Y

si lleva un arma? Se la "bajan". (bajan quiere decir robar)" (Vallejo, 1994, p.31). Culebras: son cuentas pendientes (Vallejo, 1994, p.35). "Man" aquí significa como en inglés, hombre (Vallejo, 1994, p.46). "Ese tombo está enamorado de mí". "Un "tombo" es un policía, ¿pero "enamorado"? ¿Es que es marica? No, es que lo quiere matar". (Vallejo, 1994, p.56).

Ahora el lenguaje como ya se explicó anteriormente sirve para diversos propósitos y reiteradamente en esta obra como hipérbaton, para exagerar. Pero el discurso del sicario revela una constante en la obra "Yo te lo mato —me dijo Alexis con esa complacencia suya". (Vallejo, 1994, p.25). la que podría definirse como una de sus características, una sumisión asesina. También hay otra idea que no termina de confirmarse, ni se expande. ¿Acaso el sicario intentaba cambiar su lenguaje grafico? "Tenía la letra más excitante y arrevesada que es como en última instancia escriben los ángeles que son demonios" (Vallejo, 1994, p.45).

La Servilleta del Deseo, globalización y Consumo

Como se explicó anteriormente la novela fue narrada entre los 80 y 90, por lo tanto, tuvo influencia de la historia de la época. En ese momento justo había una apertura económica; de la cual, no hablan explícitamente, pero que se evidencia mediante ciertos objetos deseados, muy parecidos en ambos sicarios amantes de Fernando:

> Le pedí que anotara, en una servilleta de papel, lo que esperaba de esta vida. Con su letra arrevesada y mi bolígrafo escribió: Que quería unos tenis marca Reebock y unos jeans Paco Ravanne. Camisas Ocean Pacific y ro pa interior Kelvin Klein. Una moto Honda, un jeep Mazda, un equipo de sonido láser y una nevera para la mamá: uno de esos refrigeradores enormes marca Whirpool que soltaban chorros de cubitos de hielo abriéndoles simplemente una llave. (Vallejo, 1994, p.92)

Los sicarios todo lo quieren ya, viven con agitación, quieren con agitación, anhelan conseguir posesiones y estatus rápido. Todo lo anterior porque saben que su tiempo es corto en esta vida. Él quiere ser parte de ese mundo globalizado, pero su propia condición marginal lo excluye. El mismo Fernando es el encargado de devolverlo a su realidad. Su condición no cambia, como no cambian las comunas en relación al resto del país. En cuanto a economía y lo de la nevera con un cadáver parece más un supuesto que puede terminar siendo verdad, en la morgue:

> Caritativamente le expliqué que la ropa más le quitaba que le ponía a su belleza. Que la moto le daba status de sicario y el jeep de narcotraficante o mafioso, gentuza inmunda. Y el equipo de sonido ¿para qué? ¡Para qué más ruido afuera con el que llevábamos adentro! ¿Y para qué una nevera si no iban a tener qué meter en ella? ¿Aire? ¿Un cadáver? Que se tomara su sopita y se olvidara de ilusos sueños. (Vallejo, 1994, p.91)

CONCLUSIONES

En la investigación, se llegó a indagar y reflexionar sobre la representación de la figura del sicario relacionando la historia real para contextualizar la historia ficcional, donde se condesan la idea de una sociedad en crisis social precisamente en Medellín que fue el caldo de cultivo perfecto para generar un personaje como el sicario, impulsado por su propia marginalidad y contratado y masificado por el narcotráfico.

Se analizó cómo ubicar la novela, decidiendo que estaría no como una investigación sobre sicaresca propuesta por Héctor Abad Faciolince y ampliada por Margarita Jácome, si no como lo propuso el Doctor en literatura Oscar Osorio, debido a que la Novela del sicariato es un término más objetivo. No tiene una etiqueta que puede ser relacionado con lo burlesco y amplía el número de obras en las que se puede explorar.

La investigación nos llevó a reconocer ciertos recursos literarios como figuras narrativas de exageración como la hipérbole entre otras dentro de ella, o la aplicación de los tonos narrativos, ya que es muy diferente el tono crítico y rabioso ante la iglesia que tiene Fernando, que el tono suave y apasionado con el sicario. Además de evidenciarse la utilidad de la religión realmente en la novela y algunos objetos religiosos que subvierten su valor original.

En la obra de *La virgen de los sicarios* se dejó evidenciado en lo trabajado cómo era la sociedad de la época y la degradación social y cultural impulsada por el narcotráfico. Dando por resultado que surgió una moral subyacente de índole utilitario. Se resalta en el texto, si entendemos por moral, ese conjunto de normas, costumbres, valores que rigen su mundo. Para el sicario, su actividad no es mala, ya que su moral es de utilidad. Está siendo útil y está

cumpliendo un trabajo. Podría verse como una moral materialista de consumo. Las cosas que anhelan le brindaran estatus.

La investigación ha llevado a considerar las implicaciones estéticas de la novela, las cuales representan una estetización de la crueldad. Los contrastes entre lo bello y lo feo, el pasado y el presente narrativo caótico, ser un ángel y un verdugo, mientras el horror se borra por una prosa irreverente. En cuanto a la ética, la novela borra esa línea entre lo bueno y lo malo. Fernando justifica los asesinatos como si el sicario no fuera el culpable si no quien manda a matar. Este detalle elimina esos juicios éticos; más bien, como una herramienta narrativa para exagerar y mostrar la degradación de su ciudad y la nostalgia que le genera el nunca volver a lo idílico.

BIBLIOGRAFIA

Arendt, H. (1963). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen.

Artaud, A. (1964). *El teatro y su doble*. Edhasa. (Obra original publicada en 1938).

Bajtín, M. (1986). *Problemas de la poética de Dostoievski.* Fondo de Cultura Económica.

Benjamin, W. (1991). *Tesis sobre la filosofía de la historia. En Discursos interrumpidos* I (pp. 177–189). Taurus. proletarios.org

Castañeda, Luz Stella (2005) *El parlache: resultados de una investigación lexicográfica Forma y Función*, núm. 18, pp. 74-101 Universidad Nacional de Colombia Bogotá, Colombia

Cornejo Polar, A. (1994). *Escribir en el aire: Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Horizonte.

Cros, E. (1997). *El sujeto cultural: Sociocrítica y psicoanálisis*. Corregidor.

Cros, E. (2003). *La sociocrítica*. Arco Libros.

Dávila, L. F. (2016). *Violencia urbana, conflicto y crimen en Medellín: Una revisión de las publicaciones académicas al respecto*. Revista Criminalidad, 58(2), 263–278. scielo.org.co

Eguiluz Castañeda, K. G. (2018). *Exploración del sicariato, patologías y personalidad del sicario* [Tesis de pregrado, Universidad Nacional Autónoma de México]. Repositorio Institucional UNAM.

Franco, J. (1999). *Rosario Tijeras*. Seix Barral.

García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.

García Márquez, G. (1996). *Noticia de un secuestro*. Mondadori.

Giraldo, L. M. (2008*). Ciudades escritas: Literatura y ciudad en la narrativa colombiana*. Convenio Andrés Bello.

Girard, R. (1977). *La violencia y lo sagrado*. Anagrama.

Gómez Vélez, María Alejandra. (2014). *Sobre la flexibilidad laboral en Colombia y la precarización del empleo*. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, *10*(1), 103-116.

González Santos, F. (2015*). Pensar la muerte: Una lectura con Gilles Deleuze a la obra de Fernando Vallejo*. Editorial Bonobos.

Honneth, A. (1997*). La lucha por el reconocimiento*. Crítica.

Jácome, M. (2006). *La novela sicaresca: exploraciones ficcionales de la criminalidad juvenil del narcotráfico*. [Tesis Doctoral]. University of Iowa. https://doi.org/10.17077/etd.gsxl-vfij.

Jácome, M. (2010). *La novela sicaresca: Testimonio, sensacionalismo y ficción*. Universidad EAFIT.

Jácome, M. (2011). *Narcotráfico y violencia en la novela colombiana contemporánea: Una mirada a la obra de Fernando Vallejo y Jorge Franco. Revista de Estudios Colombianos,* (38), 85–98.

Logie, I., y Adriaensen, B. (2010). *Aproximaciones a la narrativa del exceso en América Latina*. Rilce: Revista de Filología Hispánica, 26(1), 1–12.

Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*. Convenio Andrés Bello.

Martínez, I. M. (2011*). Literatura, ética y política: Fernando Vallejo, Jorge Franco y el sicariato en Medellín*. Hispania, 94(1), 22–30.

Martínez Posada, J. E. (2015). *La subjetividad oculta: Una lectura de la religiosidad popular urbana en Colombia*. Theologica Xaveriana, 65(180), 391–418.

Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina.

Miller, B., y Rettberg, A. (2023*)". Todos Pagan": Las PYME y la violencia urbana en Medellín, Colombia.* Revista CS, (39), 11–40. doi.org

Montoya Prada, A. (2009). *Asalariados de la muerte: Sicariato y criminalidad en Colombia. Urvio: Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad,* (8), 61–74. flacsoandes.edu.ec

Murillo, J. H. (2014*). La voz y el criminal: Una lectura de La Virgen de los sicarios de Fernando Vallejo. Coherencia*, 11(20), 127–147.

Noboa-Larrea, G. E., y Ruiz-Abril, K. (2019). *El sicariato un inconveniente social que aqueja a los adolescentes en el Ecuador.* Enlace Universitario, 1(2), 29–37.

Nolla, M. V. (2021). *(Sub)culturas y narrativas: (Re)presentación literaria del sicariato en La Virgen de los Sicarios*. Cualit: Revista de Estudios en Investigación de las Artes, 1(1), 1–13.

Orrego, F. M., y Ramírez, J. J. B. (2014). *El sicariato: Una mirada al fenómeno desde la perspectiva criminológica*. Revista Criminalidad, 56(2), 173–189.

Osorio, O. (2007). *La narrativa del sicariato en Colombia. En Novela y violencia en Colombia* (pp. 119–138). Editorial Universidad del Valle.

Osorio, O. (2013). *La Virgen de los sicarios y la novela del sicario en Colombia*. Secretaría de Cultura del Valle del Cauca. escholarship.Org

Osorio, O. (2013) *La virgen de los sicarios y la novela del sicario en Colombia*. Secretaria de cultura Gobernación del Valle del Cauca. premio Jorge Isaacs 2013

Osorio, O. (2015*). El sicario en la novela colombiana*. Editorial Universidad del Valle.

Pécaut, D. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Espasa.

Quijano, A. (2000). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina.* En E. Lander (Comp.), La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales (pp. 201–246). CLACSO.

Richard, N. (2007). *Fracturas de la memoria: Arte y pensamiento crítico*. Siglo XXI.

Rodgers, D. (2007). *Slum Wars of the 21st Century: The New Geography of Conflict in Central America* (Working Paper No. 10). Crisis States Research Centre.

Salazar, A. (1990). *No nacimos pa' semilla*. Centro de Investigación y Educación Popular. CINEP.

Salazar, A. (2001). *La parábola de Pablo*. Planeta.

Saldías, M. (2019). *La representación de la liminariedad religiosa en La Virgen de los Sicarios: Un análisis narratológico* [Tesis de maestría, Stockholms Universitet]. Repositorio DiVA.

Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo.* Una discusión. Siglo XXI.

Schlenker, A. (2017). *Narcotráfico, narcocorridos y narconovelas: La economía política del sicariato y su representación sonora-visual*. Urvio: Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad, (21), 75–87.

Troncoso Mogollón, J. (2013). *El mercado literario colombiano y la narrativa de la violencia.* Cuadernos de Literatura, 17(34), 264–285.

Vallejo, F. (1994). *La Virgen de los Sicarios*. Alfaguara.

Vásquez, J. G. (2011). *El ruido de las cosas al caer.* Alfaguara.

Vázquez, A. R., Campos, T. G., y Blázquez, F. P. (2017). *El sicariato: Una perspectiva psicosocial del asesinato por encargo.* Revista Electrónica de Psicología Iztacala, 20(4), 1604–1621.

Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos: Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio.* Manantial.